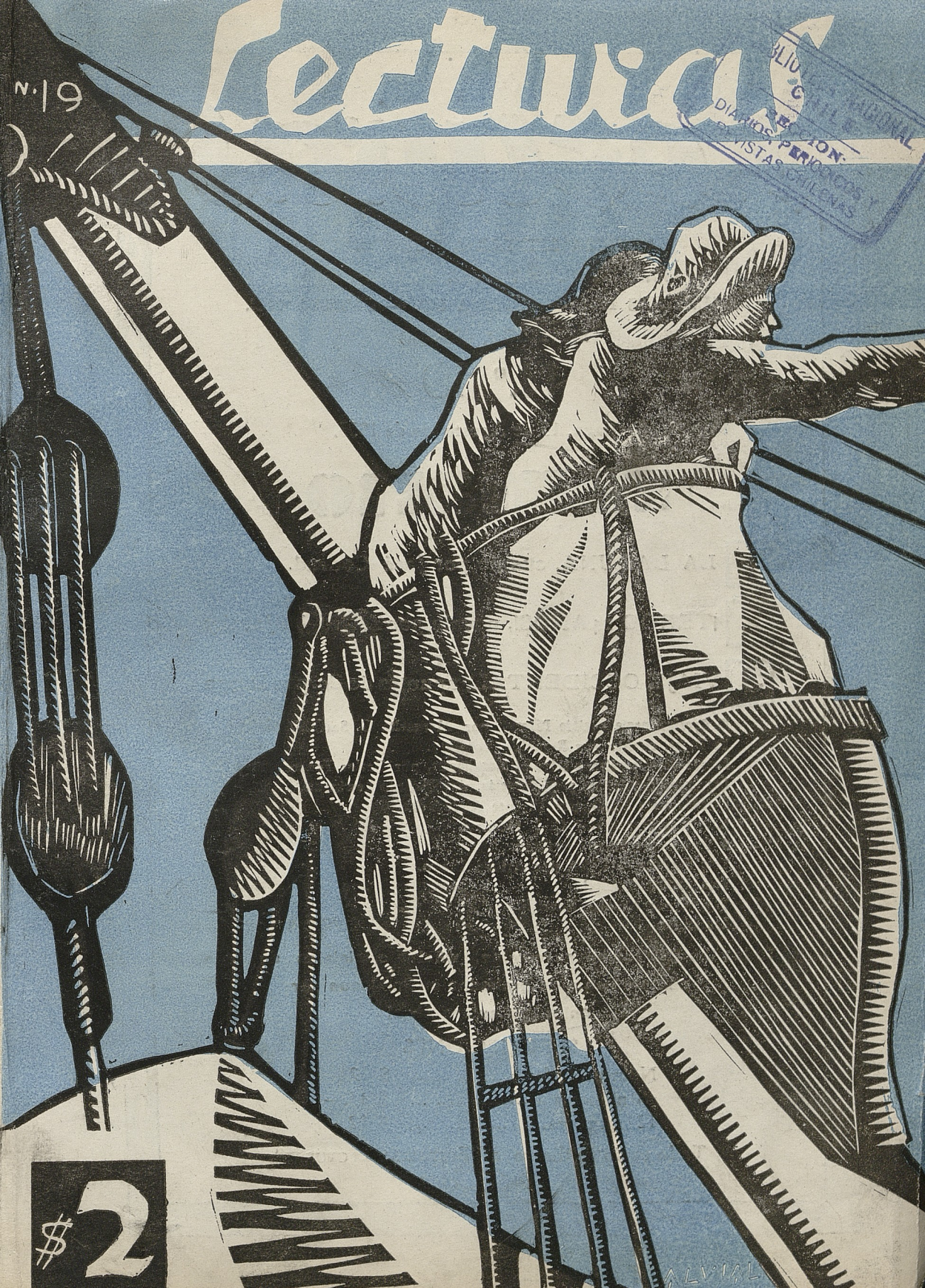


N.º 19

Lectura

REPUBLICA CHILENA
DIRECCION GENERAL DE
REVISTAS PERIODICOS Y
LIBRERIAS



\$2

ALVIEL

Una Novela

Tengo 14 años

Por A. ROUBE JANSKY

(Traductor: Luis Enrique Délano)



A CURRUCADA sobre la maleta de mimbre, encogida tras el abrigo de piel, no atreviéndome ni a respirar, he venido aquí a espiar la conversación de mi madre y de Groucha.

Es mi sitio preferido. He encontrado, en la pieza de mi madre, un observatorio perfecto, ese rincón, entre dos puertas, donde se cuelga la ropa, tras una cortina de felpa verde. Cada día, a las cinco, mamá llama a su pieza a nuestra cocinera Groucha, para acordar el menú.

En seguida, ellas se cuentan sus sueños de la noche anterior, los interpretan, los comparan y recuerdan.

Es apasionante. Muy a menudo hablan de Domovoi, el fantasma misterioso que vaga por los graneros, en medio de la ropa que se seca, o bien de ese hombre que bajó del techo, una noche que Groucha estaba sola en su isba de Snamenskaya. ¿Por dónde había entrado, puesto que todo estaba cerrado con llave? Se había acercado lentamente a la cama, con un cuchillo en una mano y una lámpara en la otra.

Groucha, gritando como una loca, había saltado en camisa y despertado a los vecinos. Cuando todo el mundo penetró en su casa, armado de fusiles y de bastones, no había nadie, y sin embargo!...

Pero el vigilante, aquel que todas las noches daba la vuelta al pueblo con su bastón de palo, afirmaba que había visto desprenderse de la chimenea una cosa negra que no era humo.

Según mamá, era un angelito que había bajado del techo para prevenirla que yo acababa de caer enferma. Yo estaba en ese entonces en casa de mi abuela, muy lejos de ahí. Parece que el ángel era muy bonito y que se parecía a mí.

Yo me deshacía de placer sobre mi canasto, al oír que un ángel se parecía a mí.

Yo adoraba todas las historias de esa índole, pero, como cada vez que quería escucharlas me echaban de la pieza, estaba obligada a esconderme para gozar de ellas.

Conozco todos los secretos, los sueños y las aventuras de Groucha y de mamá.

La tapa del canasto está desfondada. Esta noche, escucho por última vez, pues mañana mamá parte para Europa. Además ya no me interesa escuchar los cuentos de nodrizas, que no tienen ningún interés para mí. Soy grande, tengo catorce años.

Estoy enamorada también. Estoy enamorada de Sacha Beloff, y él me quiere.

Ya este invierno nos hemos besado. Cierto, no es bello, pero qué importa, puesto que a mí me gusta! Es rubio sin brillo, con una cabeza grande, una cara

redonda como un panqueque y una naricita muy pequeña, respingada, como un botón; con grandes ojos de color de agua, tiene además una boca tan bonita! ¡Una amapola!

Yo no seré jamás como esas mujeres a quienes sólo les gusta la belleza de papeles de pastillas. Necesito otra cosa.

Desde los once años, a menudo se ha sacrificado por mí.

Lo vi por primera vez en el árbol de Pascua de mi gimnasio. Todo el tiempo bailamos juntos, tomamos mucha limonada, y, en el corredor, besó apasionadamente mis trenzas.

Me dijo:

—¡Qué bonito pelo! ¡Qué largo es!... Diríase dos serpientes negras!

Y, al día siguiente, robó a su madre una gran botella de agua de Colonia que me llevó al jardín público, a nuestra primera cita.

Comprendí entonces que ese hombre era capaz de todo por mí y lo amé.

Hemos decidido casarnos lo antes posible. Ha salido mal en todos sus exámenes para no tener que partir durante las vacaciones a la casa de sus padres, muy lejos. Estará obligado a quedarse en Rostoff para trabajar, y nos veremos muy a menudo.

¡Ah, he aquí a mi madre! Va a mirarse en el espejo de su tocador.

¡Vamos! ¡Vamos! encantadores ojos azules, ya sabéis muy bien que sois bellos y que os quiero. Mañana os vais de viaje con vuestro marido. Dejáis aquí a vuestra hija Vassia. Yo también seré grande y también me iré a París. Mamá siempre será una niña, y sin embargo, ya tiene treinta años. Hace todo lo que yo quiero. Sin su marido, mi padrastro, con toda seguridad me hubiera llevado a Europa.

¡Hé ahí uno que no me quiere! Yo lo detesto... si yo fuera zar, le haría cortar la cabeza.

Adoro a mi encantadora madrecita. Es alegre, caprichosa y buena. Siempre anda de seda y perfumada.

Cada día es nueva. Le gusta variar su vida. Cuando se le ocurre, transforma el salón en comedor, cambia de pieza, cambia de sitio los muebles y cree estar en un nuevo país.

Es su manera de viajar.

La veo a mi Poussin'ka (1). Empolva su naricita, se arregla un crespo, en seguida salta golpeando las manos y da dos vueltas a la pieza, bailando. ¡Está feliz de ir a París por primera vez!

¡Dios mío! Con tal que mi canasto no crujía! ¡Con tal que yo no estornude! ¡Si

ella supiera que yo la he sorprendido bailando así, no me lo perdonaría jamás! Golpean. Groucha entra. Se detiene en su sitio habitual, cerca de la puerta. Diríase que llora.

Mamá le dice con una voz muy dulce:

—No es nada, mi gorda. No sufras así. Ya te he dicho que yo lo tomaré cuando haya nacido. Yo lo educaré como a mi propio hijo, y tu marido no sabrá nada. Consuélate!

¿Qué niño? Con precaución separo los bordes del abrigo bajo el cual estoy escondida y, en la pequeña rendija que me arreglo entre las cortinas, veo que en verdad Groucha llora. Sus gruesas lágrimas forman redondelas sobre la alfombra.

Las manos caídas, no seca su cara y contesta, calma y resignada:

—Mi querida barinia (1), estoy perdida. Stepan lo sabrá todo. Recibi una carta. Ha terminado su tiempo de servicio y llegará aquí en algunos días más.

—¿No irá primero a hacer la cosecha en Snamenskaya, como se lo habíamos aconsejado

—No me harás creer eso.

partió de soldado y escribe que tiene deseos de verme.

¿Qué significa esto? ¿Tienen entonces secretos que yo no he sorprendido?

¿Estará enferma, esta Groucha? Tiene sin embargo muy buen semblante, está más gorda que nunca. ¿De qué se queja?

—Ya ni duermo, barinia, ya ni duermo ni como, y todo el tiempo pienso: "¿Qué hacer?" ¡Usted me había aconsejado tan bien! ¡Y todo nuestro plan está deshecho!

Mamá se sienta:

—Escúchame bien, Groucha. Las lágrimas no han arreglado nunca nada. Si él quiere venir, no se le puede impedir. Vamos, ¿para cuándo lo esperas?

—Para fines de Julio. Una mujer me lo ha dicho.

—¡Ah! ¡En un mes! Qué desgracia que vuelva antes de la cosecha en casa de sus padres! En fin, yo estaré quizás de regreso antes de tu parto. Mientras tanto, le dirás toda la verdad. Le dirás simplemente: "Me has dejado tres años; no es culpa tuya ni mía. Me ha sucedido una

(1) Señora

PISOS RELUCIENTES
CERA "PRESERVOL"
CIA. CONSUMIDORES DE GAS
STO. DOMINGO 1061-SANTIAGO.

(1) Gatita.

desgracia. Un hombre me ha tomado, a pesar mío, y estoy encinta. Siempre te quiero. Sólo te quiero a tí. Si quieres destrozarme mi vida, abandóname, vuelve a nuestro pueblo y jamás volverás a saber de mí. Si quieres perdonarme, no verás jamás al niño y toda mi vida te demostraré mi gratitud". Dile que yo te he prometido tomarlo a mi servicio, como portero, y daros una habitación abajo. El reflexionará. Verá dónde está su interés y consentirá en quedarse contigo. ¡Estoy segura!

—¡Ah! mi pobre barinia! Cuando la escucho, todo me parece posible. Pero

diéwkis (2) van juntos al prado con el acordeón a la cabeza ¡qué alegría! ¡Se canta, se baila, se ríe! Cuando hay dos que se quieren, van a acostarse juntos en la granja; pero no se hace nada malo. Naturalmente se besan... se tocan un poco, pero no se va más allá. Si los dos están de acuerdo, lo repiten todas las noches hasta el otoño, y entonces, si se entienden bien, se casan.

Mi Stepan, desde la primera noche que dormimos juntos, se volvió loco por mí. Todo el tiempo me preguntaba si no había dormido ya en la paja con otro. Y yo, imbécil, le dije que sí. Que el verano



Un hombre me ha tomado, a pesar mío, y estoy encinta.

usted no conoce a Stepan. No me perdonará jamás!

¿Qué es lo que no le perdonará? Quién es ese niño del cual hablan? No comprendo.

Groucha continúa:

—Cuando nos casamos, él tenía veinte años y yo diez y siete. Hasta el casamiento, durante todo el verano, en la noche, nos acariciamos en la paja, pero sin hacer nada malo. Me tuvo nueva como la noche de bodas.

—No me harás creer eso.

—Pero sí, barinia. Es la costumbre entre nosotros. Durante la cosecha es el noviazgo. En la noche, cuando los viejos duermen, todos los parégnos (1) y las

anterior, Mitika me había manoseado un poco. Pero que a mí no me había gustado porque era demasiado flaco y porque me pellizcaba los pechos y las nalgas, como si hubiera sido miga de pan. ¡Ah! ¡Stépan es otro hombre! Es bello. ¿Ha visto su fotografía, barinia? Es bien educado, como una niña. Jamás pellizca.

Acostados el uno al lado del otro, me pasaba dulcemente su mano desde el cuello hasta el vientre, nos estrechábamos el uno contra el otro y no teníamos más que un alma. Mirábamos las estrellas y era muy dulce.

La noche que yo le conté que había conocido a Mitika, se levantó y se fué. Durante toda una semana, sólo lo ví de

(1) Muchachos.

(2) Muchachas.

lejos. Huía de mí y ni siquiera miraba hacia mi lado. El domingo siguiente, en el prado, lo encontré.

—¿Buscas a Mitika? me preguntó.

—No, te busco a ti.

—Mañana ¿a quién buscarás?

Yo me habría enojado con estas malas palabras pero lo ví tan amarillo, tan enflaquecido, que le contesté:

—Jamás buscaré a otro que a ti.

Y yo fui quién le llevó a la paja.

Te haré caso, barinia. Haré todo lo que quieras, pero sabe solamente que Stépan no es un hombre que perdona. A pesar del empleo que le ofrece, se irá y todo habrá acabado.

—¡Eh; que se vaya! dijo mamá. Tú trabajas, no necesitas a nadie para ganarte la vida, le mandas siempre dinero a sus padres. El verá que en el pueblo no eres la única que ha faltado mientras los maridos hacían el servicio militar... y volverá.

—¡Ah! mi corazón presente una desgracia, barinia! ¡Se acabó mi vida! ¡He vuelto a soñar anoche con una laucha!

—¡Pero si tienes veintiun años, tonta! ¡Tu vida recién empieza. Verás qué lindo niño vas a tener. Cuando esté aquí, ya no desearás nada más! ¡Toma! ¡Dame tu mano izquierda... Tendrás un hermoso hombrecito!

—¿Cómo lo sabe, barinia?

—Me has tendido la mano izquierda, con la palma vuelta hacia abajo, eso quiere decir que tendrás un hombre. Si la hubieras ofrecido con la palma hacia el cielo, hubiera sido una niña.

—¡Qué sabía es usted!

Pero mamá decía eso llenando una maleta, y yo sentía que tenía prisa por terminar. Ordenó rápidamente la comida y, para el almuerzo de mañana, dijo a la cocinera que me preguntara lo que yo quería mientras llega mi abuela, que dirigirá la casa durante su ausencia.

Se van mañana en la mañana, a las nueve, y quedan todavía muchos bultos que cerrar.

¡Mamá estaba feliz! Ella quería que todo el mundo estuviera contento! ¡Qué no hubiera dado por ver a su Groucha sonriente, conversadora, indiferente como antes! Pero la pobre está tan abatida!

EL GRAN TÓNICO
M. CODHIPOL R.
DA FUERZA Y ENERGIA
BASE EXTRACTO ACÍGICO DE BACALAO COMBINADO CON JARABE DE HIPOFOSFATO COMPUERTO
LABORATORIO CHILE
SANTIAGO

PISOS RELUCIENTES
CERA "PRESERVOL"
CIA. CONSUMIDORES DE GAS.
STO. DOMINGO 1061-SANTIAGO.

Hasta su cabellera colorina, ardiendo sobre su cabeza como un rayo de sol, parece triste y apagada.

¡Ah! ¡que se vaya! Molesta, es inútil y desentona en esta pieza llena de alegría, donde las maletas abiertas rebalsan de géneros claros y de encajes que exhalan el perfume y la felicidad de mamá.

La doncella, Verka, barre, después de la partida de mis padres.

No quisieron que yo los acompañara a la estación. Besé a mi mamá, que me prometió traermé un coche lleno de regalos y de vestidos de la rue de la Paix. Me ví obligada a besar también a mi padrastro.

¡Durante un largo mes no los veré! Lo que me consuela un poco es que soy ahora la dueña de casa.

He ordenado, para el almuerzo, un helado de vainilla y fresa, y pirochkis (1) con confitura. La carne y lo demás me son profundamente indiferentes.

Mi abuela debe llegar esta noche antes de la comida, y mañana partiremos para nuestra propiedad, nuestra Loubouchka, a tres verstas de Rostoff.

Entretanto, me apresuro a llevarme los perfumes, los polvos, los echarpes, las blusas que quedan. Diré que mamá me lo ha dado todo, porque a ella la babouchka (2), la conozco muy bien, no tiene el carácter de mamá. Va a encerrar todo con llave y será imposible sacarle nada.

Es coqueta, sin embargo, a pesar de su edad avanzada. Sólo se pone vestidos de color gris perla, con bonetes llenos de cintas. No quiere nada negro. No comprenderá que yo tengo ya catorce años, que quiero a un muchacho, y que necesito polvos y perfumes para gustarle.

¡No! ¡No es así como me imaginé esa partida!

Pensaba que me quedaría en la cama, llorando, incapaz de comer.

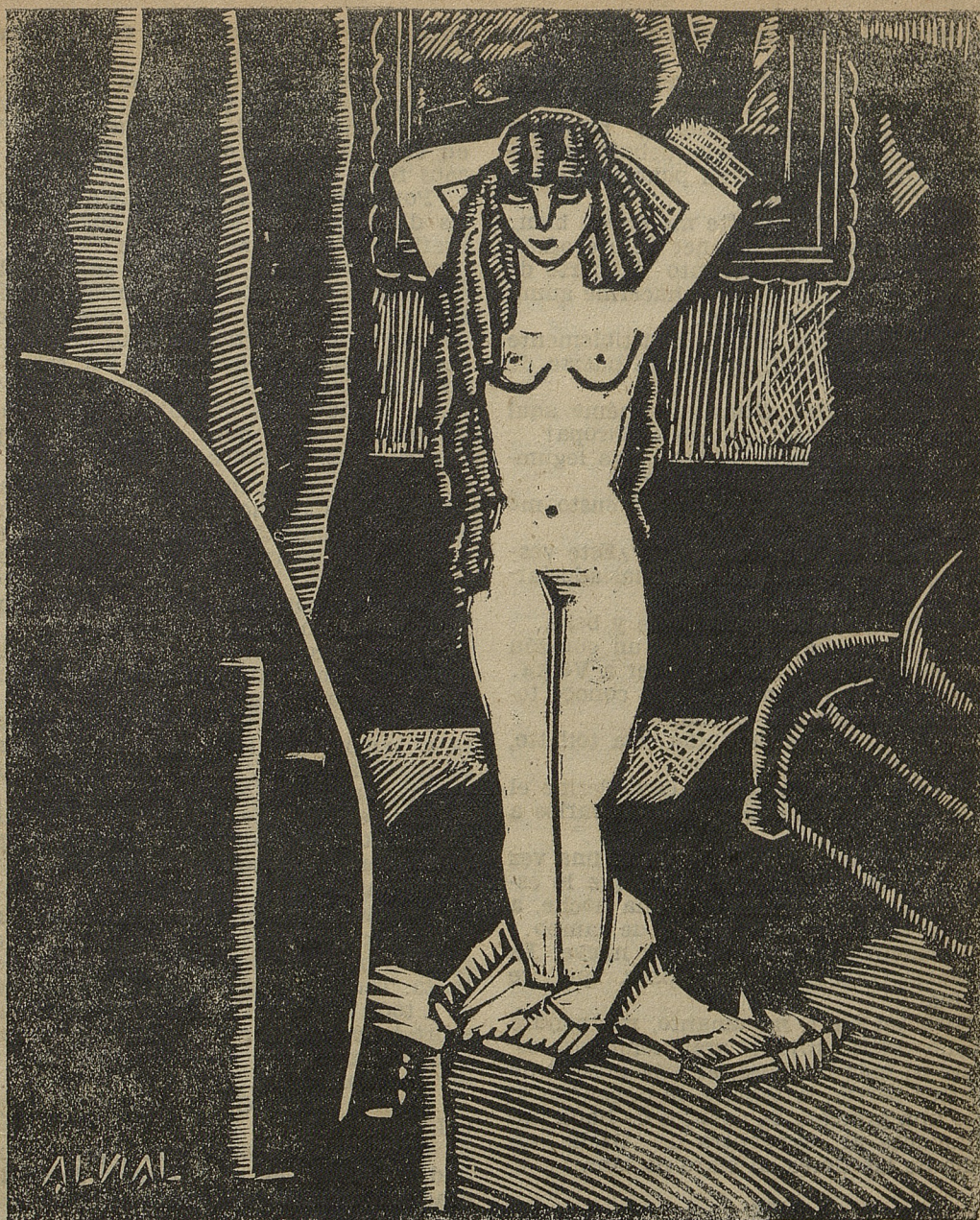
Pero nada: salto como una cabra de una pieza a otra. Guardo apresuradamente mis tesoros. Pasando por el salón, me acompaño en el piano y canto, imitando a mamá, una canción tzigana:

"Bésame. Bésame.

Toma la felicidad que está bajo
(tu mano."

(1) Empanadas rellenas de carne, pollo, pescado o confituras.

(2) Abuela.



¡Qué divertido es un cuerpo de niña! Yo no soy como las demás.

Verka, de lejos, canta mi canción, y la rima con la escoba:

"Bésame. Bésame.

¿De qué me sirve pensar en el (mañana?)

¡Esta Verka! Ella también besa a un amante, pero ella tiene suerte, tiene ya dieciséis años... Sin embargo, yo soy tan grande como ella. Un poco más delgada, quizás.

Ahora, les toca el turno a los roperos. No están cerrados. No es extraño, no hay nada adentro.

¡Oh ahí! ¡En ese armario! Los vestidos de invierno.

¡Están todos! Hasta el hermoso vestido de seda roja escarlata, que me gustaba tanto vérselo puesto.

Tengo que probármelo.

Me queda bien. Un poco largo quizás.

Es cierto que con todos esos vuelos, no se nota mucho.

¡Si encontrara el sombrero! Hé aquí las cajas.

¡Bravo! El gran sombrero rojo está aquí. Hasta están todavía, debajo, los rizos postizos que permiten ponérselo sobre un lado de la cabeza.

En realidad la toilette me queda bien. Por lo menos parezco tener veinte años.

Con precaución levanto la parte de abajo de la pollera y voy a hacerme admirar por Groucha y Verka.

Me parece, que estoy irresistiblemente bonita, hago melindres, abro la puerta de la cocina.

—¡Buenos días, Groucha; héme aquí de regreso. Vístase, la llevo a Europa!

Groucha, sentada, pelaba las legumbres. Se sobresalta y me dice:

—¡Ah! barichnia (1). ¡Qué susto me ha dado!

—¿Acaso no estoy bien así? ¿Este vestido de poussin'ka no está demasiado largo para mí? ¡Mira!

—¡Oh! usted será arrogante y bella.

Aprovecho para comerme un corazón de repollo crudo y me voy a ver a Verka.

Somos grandes amigas. Ella conoce todos mis secretos con Sacha.

—¡Ah! si él me viera con esta toilette, me dice, perdería la cabeza.

Eso me da la idea de esconderme el vestido y el sombrero para llevarlos a nuestra datcha.

He convenido con Sacha, la última vez que lo vi en el jardín público, que le escribiría para darle una cita una noche, a las diez en nuestra propiedad de campo.

Babouchka se acuesta a las nueve. Es necesario dejarle tiempo para que se duerma.

Para recibir a mi amante, me pondré el bello vestido rojo, el gran sombrero, escogeré al más hermoso, al más grande de nuestros perros, lo tomaré de la cadena y, como una princesa de cuentos de hada, iré lentamente al encuentro de Sacha, en medio de las flores, al claro de luna.

poco, pero a pesar de todo, encuentro que la vida es encantadora.

Nuestra bonita datcha no se parece a ninguna otra en el mundo. Se llama "Loubouchka": "mi pequeña querida", y en ella todo vive, crece y florece en un caos feliz.

Por lo menos tenemos cinco mil rosales diferentes, de todos los colores. Yo prefiero a todas las rosas te. Tienen un perfume más fino, que me emborracha. Las mariposas también las prefieren. Las flores del tabaco, blancas, que parecen dormir como muertas al calor del día, se abren grandes a la puesta del sol y se muestran desnudas. Tenemos todas las flores y todas las legumbres del mundo, sandías, melones, uvas, frambuesas, espárragos, maíz, girasoles...

En la mañana, corro a comer las frambuesas que han madurado durante la noche; son exquisitas, están hinchadas, húmedas aún, de rocío. Luego descubro una sandía que me parece madura. La recojo, la parto con una piedra, si, está muy roja. Como un poco, y la boto.

Tomo tres o cuatro semillas de girasol y me subo a un durazno, donde como frutas hasta que no puedo más.

Cuando vuelvo a la galería, donde canta el samovar, al lado de la crema fresca de nuestras vacas, de la miel de nuestras abejas, del queso, de la mantequilla, de la mermelada y de los pancitos de leche, bajo los ojos de babouchka vestida de gris perla, con su bonete de encajes, ya no tengo hambre.

Mi abuela me mira con aire malhumorado y sospechoso. ¿Por qué tiene un carácter tan desagradable? Nunca está contenta. Todo lo critica y de antemano acusa a todo el mundo de las peores acciones, sobre todo a nuestros criados. Yo los compadezco mucho y, cuando nadie me ve, corro a abrazarlos.

¡Pobre Verka! Con un plumero de papel, debe espantar las moscas. Está parada tras la silla de babouchka, que, sin piedad, no piensa en el cansancio de la desgraciada muchacha, como si ella fuera una máquina.

Mi abuela sólo tiene atenciones para su adorada Tamara, una horrible y vieja perrita blanca, de ojos siempre húmedos y lagañosos.

Esa horrible perra me detesta, porque, cada vez que la encuentro sola en un rincón, la atormento y la exaspero hasta que ya no se aguanta más de rabia.

Me conoce. Cuando entro a la pieza y está sin su amada dueña, se refugia, con la cola entre las piernas, bajo la cama. ¡Hipócrita! Cuando está sobre las rodillas de babouchka, apenas me ve, gruñe, mostrándome los dientes. ¡Cochina! ¡Babosa!

(1) Señorita.

PISOS RELUCIENTES
CERA "PRESERVOL"
CIA. CONSUMIDORES DE GAS.
STO. DOMINGO 1061-SANTIAGO.

Le tengo asco porque come inmundicias, y cuando tiene lleno el hocico, Verka debe limpiarla, escobillarla, llenarle la cabeza de agua de Colonia, y una hora después está relamiéndose todas las porquerías que lleva aún en el hocico. Está sucia, hedionda; hay que empezar de nuevo su toilette.

Beso la mano reseca de mi abuela. Tamara casi me ha mordido la nariz. Babouchka dice:

—No comprendo por qué este encanto no puede verte.

Me siento a la mesa. Me sirvo cualquier cosa, le pongo mantequilla al pan, sin pensar en lo que hago; las ventanas están abiertas de par en par, mis ojos ven la Europa donde pasea mi madre. ¿Estará en París ahora? Algunos días antes de su partida, estando escondida en mi canasto, la oí que decía a Groucha que en París las mujeres se bañan en champaña. Si es verdad, estoy segura que mi coqueta mamacita se bañará también.

¡Qué agradable sensación debe ser! Todos esos gorgoritos chisporroteantes, esa espuma alrededor de uno. Luego puede una chuparse la piel y emborracharse. ¡Ah! ¿cuándo seré grande? ¿Cuántas botellas se necesitan para darse un baño? Le diré a Sacha que si me quiere, se sacrifique y me proporcione cien botellas.

¿Qué haré hoy?

Me levanto de la mesa, tengo ganas de irme a mi pieza y tenderme en la cama, a pesar de Sacha. Pero una voz aguda, que

desentona en esta encantadora mañana florecida y perfumada, me ordena:

—Vassilissa, te vas a sentar al piano, a tocar durante dos horas. En la mañana es cuando se trabaja mejor.

Inmediatamente se echa a perder mi buen humor. Siento un repentino dolor de cabeza. No me he trenzado el pelo desde anoche. ¡Es inútil! Puedo peinarme y descansar en la tarde, pero, por el momento... al piano!

A espaldas de mi tirano, cambio con Verka una mirada afligida y me dirijo hacia el piso fatal.

Mis dedos se agitan sin que yo me fije. Ya he tocado el primer ejercicio de Hanon. ta-ta-ta, y mi pensamiento vagabundea.

El mecanismo de mis manos funciona, mientras mi imaginación me lleva muy lejos. Viéndome trabajar, Babouchka lleva a Tamara a pasear en el jardín.

¡Ah, sí! Quiero una vida extraordinaria. Me vestiré con vestidos amarillos, verdes, colorados, todos esos colores que deben sentarle a mis cabellos negros, como plumas de cuervo. Mis ojos son azules, como los de mamá. Es raro en una morena. Seré bella. Verka me ha dicho que es la opinión general, pero que está prohibido decírmelo, para que no me vuelva vanidosa. Seré apasionada y asombraré a todo el mundo. ¿Cómo? No lo sé aún, pero asombraré.

¿Qué preparan para el almuerzo de esta mañana? Huele bien. Es quizás un pato. Ya he visto al niño del jardinero traer grandes baldes. Hay pues, cangrejos pescados en el riachuelo que borda los prados.

¡Ah! ¡Maldita mosca! Me ha picado la pantorrilla hasta sacarme sangre! En la cocina, Groucha hace un ruido infernal batiendo huevos. Sin duda prepara alguna crema.

No se puede trabajar en estas condiciones. ¡Además hace mucho calor! Voy a ver lo que está haciendo.

Hemos comido cosas exquisitas, cangrejos grandes, muy rojos, con mucha pimienta, un pato relleno con manzanas verdes, espárragos con crema, helado de vainilla y frambuesa. ¡Me gusta tanto! Se vé que Groucha piensa en mí!

Babouchka se ha enojado. Sus viejos dientes no soportan el frío. ¡Que coma compotas entonces! He tomado tanto kwass (1) helado, que no puedo levantarme de la mesa. Mi vientre está tenso como un tambor. Sin embargo, hago un esfuerzo y voy al jardín a coger muchas rosas que subo a mi pieza.



Flores de Pravia

La pasta
dentífrica

FLORES DE PRAVIA

limpia y embellece los dientes y perfuma el aliento.

Usar mañana y noche la pasta «FLORES DE PRAVIA», constituye un placer y una necesidad saludable.

Precio del tubo:

\$2

(1) Bebida fermentada, parecida a la chicha.

Los postigos están cerrados. Está agradable, no hace calor a pesar del sol de julio que, afuera, quema.

Me siento en mi casa. Es mi rincón exclusivo. Mis viejas muñecas están sentadas ante su mesa, alrededor de su pequeño samovar. Mi gran gato con botas, que desde hace mucho tiempo ha perdido una de ellas, está plantificado sobre el diván. ¡Mi querido gato! ¡Mi mejor amigo! Sus ojos están algo sueltos, su piel café está pelada, pero tal como está, no lo cambiaría por todos los presentes del mundo. Tiene toda mi confianza. En su parte de atrás, descosida, deslizo las cartas que me escribe Sacha.

Siento pesada la cabeza, me despeino y admiro mi largo pelo ante el espejo. Me llega hasta la rodilla.

Lentamente me desvisto y me divierto en contemplar todos mis gestos.

Muy pronto estoy desnuda.

¡Qué divertido es un cuerpo de niña! Yo no soy como las demás.

El año pasado vi a mi amiga Raia. Vino a pasar algunos días en nuestra dacha, y dormimos juntas.

Al hacernos la toilette, vimos que nuestros pechos eran parejos con dos botoncitos no más grandes que los de mi chaqueta. Nos dolían mucho. Adentro nos tiraba como cuando tuve un dolor en el dedo.

Raia gemía todo el tiempo.

Durante el invierno, cada vez que nos visitábamos, nos comparábamos. Hasta nos medíamos con la huincha de la costurera.

A mi me han crecido más rápidamente los senos.

Yo había recortado en el "Rostowskié Vedomosti" (1) y escondido bajo mi colchón, el aviso de Mme. Gisele, que garantizaba el desarrollo del busto a voluntad. Como prueba, estaba la fotografía de una

bella dama cubierta con un género transparente, bajo el cual se veían unos senos gordos, redondos y muy parados.

Ante el espejo muy a menudo me he comparado a esa señora. Desgraciadamente los míos permanecían pequeñitos como manzanas del Paraíso y cabían en el hueco de mis manos.

Ahora han tomado más importancia y ya no me hacen sufrir. Bajo mi blusa aparecen, y mis manos los cubren justo. Si los toco, tengo una sensación muy agradable, sus puntas se endurecen tanto, que parecen aún más grandes.

Nadie me dice que en un año más no sean como los de la dama de Mme. Gisele. Y yo no he tomado ningún remedio.

Seré más bonita que Raia. Su piel es blanca, rosada, como un chanchito nuevo. La mía es dorada. ¡Mejor!

Mi vientre es parejo y sombreado de un mechón de pelo negro que Raia no tiene. Ella es rubia y su pelo es corto.

¡Qué largas son mis piernas! No estoy segura (de que esto sea bonito. Me comparo a un potrillo. No hay nada que decir. Soy muy flexible. Alcanzo a tocar la alfombra con mis dedos, curvando el cuerpo hacia atrás.

¿Qué hacer? Me aburro y me tiendo desnuda sobre las sábanas frescas.

Hago trabajar la imaginación...

¿Quién seré hoy día? ¿Cleopatra, o la zarina Alexandra?

Cleopatra es mejor, siempre estaba recostada y era morena como yo.

¡Eso es! Tomemos este largo mechón de mis cabellos y dejémoslo caer negligentemente sobre el tapiz, donde adquiere la ondulación de una serpiente temible.

Una esclava negra, desnuda y bella como una estatua, me echa viento con un enorme abanico de plumas de pavo real. Deshojo todas las rosas que he traído.

Necesito joyas de reina.

Los pétalos rojos serán rubies, los amarillos topacios, los blancos y los rosados, diamantes y perlas.

Con los brazos levantados, esparzo esas plumas de flores sobre mí. Bajan como lluvia perfumada, caliente, y me cubren. Al posarse sobre mi piel me acarician ligeramente; sobre mi vientre, los pétalos resbalan y se amontonan entre mis piernas juntas, suaves, agradables, de terciopelo, de seda.

La puerta de mi palacio se abre, y un hombre aparece. Es de una belleza sobrenatural. Es el general romano, el general Sacha. Sólo por hoy, tiene una bella nariz recta, que le da un perfil de medalla. Sus ojos tienen el color del cielo. Me sonríe tiernamente.

Está desnudo. Se acerca a mi trono y se prosterna como ante una divinidad.

(1) Noticia de "Rostowskié", periódico local.

ECONOMICAMENTE DINERO

TOME UNA SUSCRIPCION A

Lecturas

y la recibirá oportunamente.

ANUAL — 24 números — 40.—

Dirigirse a "LECTURAS", Casilla 4042, Stgo.

Lecturas

Con negligencia hago un gesto a uno de mis esclavos etíopes para que lo levanten y lo invito a sentarse a mi lado. Hago salir a mis criados y quedamos solos.

Quiero que seamos una sola alma los dos, pero él me tiene miedo, porque soy Cleopatra.

Entonces, cojo su mano y ordeno:

—Acarícieme desde la garganta hasta el vientre, como hacía Stepan a Groucha cuando se acostaban en la paja. ¡Verá cuán dulce es!

Entonces se acuesta a lo largo de mi cuerpo y pasa su manita caliente y suave sobre mi piel y yo me estremezco.

Me estrecha muy fuerte contra él, y voilá!... Voilá! ¡Qué agradable es!

Estrecho mi cabecera, me revuelco, me froto contra ella. Es Sacha. ¡Oh! ¡qué sensación aguda y sudorosa! Me invade una dulzura que me penetra hasta los riñones, hasta el corazón. hasta la garganta, y pierdo casi el sentido...

Cuando vuelvo en mí, la pieza me parece triste. Sobre mi cuerpo sudoroso las rosas se han pegado, y me parecen insoportables. Las sábanas calientes y húmedas me hieren con sus pequeños pliegues.

Los postigos cerrados, la obscuridad... me siento cansada y asqueada de mí misma.

¿Por qué he hecho eso otra vez?

Quiero levantarme y ducharme. Pero no tengo valor.

Después de todo, Sacha no es hermoso, con su naricita respingada. ¿Todos sus sacrificios? Me río de ellos! ¡Ah calor! ¡Qué calor hace! Tengo la boca seca, amarga, me duele el vientre. Toda esa fruta, el helado, el kwass... Estiro sobre mí la sábana y me quedo dormida sin alegría.

Sacha viene esta noche.

Con Verka, hemos decidido que lo recibiría en el kiosco, al fondo del jardín. Estaremos seguros, lejos de la casa.

Llevamos licores de cereza y de fram-buesa, frutas y muchas galletas. Decoramos el kiosco con ramas verdes, y no olvido los cojines que instalo sobre el banco. No se sabe nunca. Así podré tenderme, como Mme. Recamier, mientras que él, arrodillado, me declara su amor.

Todavía tengo que elegir un perro decorativo.

Aquí tenemos tres perros: Serko, Belko y Venus.

Serko es grande, su pelaje es tieso, color acero. Es muy presentable, pero temo su carácter. No quiere a los desconocidos y sobre su conciencia tiene muchos pantalones rotos.

(Continuará)

CONSEJOS DE BELLEZA

UNA MANERA DE RENOVAR EL CUTIS

Con el muy justo propósito de embellecer su cutis, renovándolo, las mujeres no trepidan hoy en día a someterse a costosas y difíciles tratamientos, ignorando tal vez que existen medios más fáciles y económicos. Los años vienen a dar, hoy día, la razón a los que aconsejan el uso de la cera mercolizada. La cera mercolizada logra con el uso diario hacer desprender la cutícula vieja y aparecer el nuevo cutis sonrosado y terso de la juventud.

EL ROSADO DE LAS MEJILLAS.

El descuido de la mujer en la elección de los elementos de su tocador trae como consecuencia experiencias dolorosas. Es cierto esto, sobre todo en lo que se refiere a los rouges ordinarios. Los polvos rubinol son hoy por hoy la garantía más sólida de pureza y los que logran dar un color natural a las mejillas de las damas.

LOS BARRILLOS DE LA CARA.

Los cutis grasos — especialmente bajo la acción del calor — son propensos al desarrollo de pecas y barrillos. Este, que es un problema para muchos hombres y mujeres, deja de serlo dándose fricciones y baños faciales en una disolución en agua de stymol. Una tableta de stymol efervescente basta para lograr este cometido y refrescar el cutis.

HOMBRES Y MUJERES DEBEN PREOCUPARSE

No es patrimonio de la mujer el cuidado del cutis. ¡Es tan agradable sentir el cutis suave y limpio! En este cuidado quizá no haya factor más decisivo que el jabón que se emplea. No basta que un jabón cumpla con el cometido de desmanchar, no basta que dé espuma; es necesario además que un jabón sea suave y que en su composición no entren cáusticos, que los elementos que lo componen sean puros y, por fin, debe tener un aroma delicado y agradable. El «Astra» reúne por cierto estas características.

AROMAS.

No hay mejor consejero que la experiencia. Ella da pruebas de la veracidad de los consejos. Por eso no titubeamos en aconsejarle que experimente una vez la colonia Flor de Espino. Bien sabemos que dejará satisfecho al más exigente. Es aromática sin exajerar, suave y delicada.

Lecturial

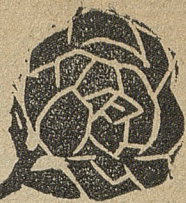
N.20



ALVIAL

\$2.

Una Novela Tengo 14 años



Por A. ROUBEJANSKY

Traductor: Luis Enrique Délano

(Continuación) (1)

Belko también es grande y todo blanco. Podría pasar por un lebel y acompañaría muy bien mi vestido rojo. Es muy suave. Por una palabra cariñosa, por una sonrisa, se tiende de espaldas con las patas hacia arriba. Solamente, quizás sea demasiado tierno. Cuando se le acaricia un poco, no hay manera de deshacerse de él. Le salta a una encima, la lame, pone sus grandes patas sobre nuestros hombros. Es tan vigoroso que la haría caer a una y sería trágico si me botara con mi lindo vestido rojo, delante de Sacha.

Venus es una perrita oscura, de color indefinido. Siempre llena de bolitas que pican, no se cuida, esa perra. Me conveniría, pero verdaderamente es insignificante.

Tengo a los tres ante mí y les doy una galleta a cada uno. Los examino. ¡Sí! Belko, evidentemente! Trataré de ser severa con él y de impedirle que salte sobre mi vestido.

Ponemos una gran mesa que nos ha prestado el jardinero. Sería necesario un mantel bonito, pero, en el campo, no tenemos de esos con encajes y yo quiero, absolutamente, uno. Corro a la casa, bus-

co por todas partes. ¡Nada! Ni en los salones, ni en la biblioteca, ni en el comedor. Pasando por mi pieza, veo mi cubrecama. Eso es lo que necesito y me lo llevo. Verka se roba en el aparador platos de postres y hermosos vasos. Ponemos la mesa; al medio, colocamos un florero lleno de rosas, de claveles y resedá; se ve muy bien.

Sobre el mantel siembro algunas flores y tengo la idea de esparcir también algunas a profusión en el suelo.

Verka dice:

—¡Se volverá loco!

—¡Sí! ¡Quiero volverlo loco!

Contemplamos, silenciosas, sudorosas y cansadas, nuestra obra.

Verka suspira como si lo sintiera.

¡Claro! Le entristece pensar que no es ella quien va a aprovechar todas esas bellas cosas. Para consolarla, le prometo:

—No te entristezcas. Haremos la misma cosa para tu enamorada, cuando venga. Te permito invitarlo aquí y te daré mi cubrecama de encajes, y además licores y galletas.

Me abraza. Héla aquí feliz; yo también lo estoy. Corremos hacia la casa, donde Babouchka agita su campanilla para la comida.

No deben descubrir nuestro nido de amor.

Durante la comida me observo. Mi corazón estalla de felicidad, pero he sabido

(1) Esta novela comenzó a publicarse en el N.º 19.

retenerme. Babouchka no se ha dado cuenta de nada. He tenido mis ojos clavados en el plato, porque siempre me traicionan. Cuando miento, mis ojos dicen lo contrario que mi boca, y lo adivinan todo.

Terminada la comida, he dado las buenas noches a mi abuela y he ido a encerrarme en mi pieza. Verka ha ido a reunirse conmigo y me ha ayudado. Me he puesto el hermoso vestido rojo de mamá, he deshecho mis trenzas y he dejado caer libremente mi cabello sobre los hombros, colocándome el gran sombrero. Como la blusa me quedaba demasiado ancha, Verka me ha aconsejado que la rellenara con algodón metido en una media.

Me he encontrado mucho mejor así, con una línea más parecida a la de una verdadera mujer.

Me he empolvado y perfumado con las sobras que recogí en la pieza de mamá, el día de su partida. Me hacía falta, evidentemente, un lápiz para los labios. Con el rojo de mi vestido, se veían muy pálidos.

Hemos buscado febrilmente la manera de remediarlo.

He sido yo quien tuvo la idea de utilizar el papel rojo que envuelve los corchos de las botellas de remedios.

Verka se extasiaba:

—¡Oh! ¡qué bella está, barinia!... ¡Un hada!

Arreglada así, me sentía llena de condescendencia para con mi pobre doncella, con su frente sudorosa y su camisa de gruesa tela de algodón, toscamente cubierta con una pollera de tela azul, los pies desnudos y un pañuelo amarillo en los cabellos. Ya no éramos iguales como en la tarde, cuando corríamos desde el kiosco a la casa haciendo nuestros preparativos. ¿Por qué? ¿Eran el vestido, el perfume y el sombrero los que nos separaban?

Ella parecía intimidada y no se atrevía a sentarse delante de mí. ¡Tonta!

Me contemplaba y yo sentía que me admiraba, aunque con un sentimiento de envidia un poco hostil.

—Te prestaré este vestido cuando venga tu amante, le dije; para que seas tan feliz como yo.

Se fué a asegurar de que Babouchka dormía profundamente y volvió a decirme que podía salir sin peligro.

Con pasos apresurados, salimos de la casa.

No encontramos a Belko. ¡Dios mío! sin ese perro, se va a perder la mitad de mi efecto. ¿Dónde puede estar?

Lo llamamos dulcemente. Nada. Ningún perro. Sin embargo, como de costumbre, duermen cerca de la casa.

Una sospecha horrible me invade. ¡Dios mío!...

Nos apresuramos... Eso es, están los tres en mi hermoso kiosco, recostados sobre las flores, durmiendo con el hocico entre las patas, la conciencia tranquila. No hay ni una galleta sobre la mesa; los platos, los vasos y las botellas están volcados sobre mi bello mantel, empapado por el florero que yace tirado, lamentablemente.

¡Es un desastre!... ¡Los miserables! ¡Los cochinos!... Y ahora no puedo decir nada, no quiero que ladren y despierten a la gente; pero mañana ya veréis lo que os espera, animales del diablo... Lloraría...

Verka se ha sorprendido dolorosamente. Tengo la garganta apretada, pero me retengo. Lo único que faltaría sería que Sacha me encontrara con los ojos colorados y la nariz hinchada por las lágrimas.

Amarro al cuello de Belko una ancha cinta que me sirve para atarme las trenzas. Es blanca, no tenía una roja, pero es suficientemente hermosa para ese ladrón.

Echamos a los otros dos y reparamos lo mejor que podemos, apresuradamente, el desorden de nuestra mesa. ¡No hay ni una migaja de galleta! ¡Felizmente las botellas estaban bien tapadas! No importa, no comeremos, pero podremos beber.

Arrastro a Belko, que se resiste y se pone pesado. Debo estimularlo con algunos puntapiés en el trasero, y nos dirigimos rápidamente hacia la puerta de la propiedad.

Verka se adelanta corriendo para abrir, pues está convenido que debo avanzar majestuosamente, sola en la avenida, con mi perro amarrado, como una princesa de leyenda, bajo la claridad de la luna.

Sacha entra y me vé.

No me reconoce, se detiene intimidado y da un paso como para escapar.

Debo llamarlo:

—¡Sacha! ¡Soy yo, Vassia! ¡Entre pues, querido amigo!

Estupefacto, se detiene, me contempla y por fin se decide:

—¿Es usted Vassia? ¡Qué cambiada está! ¡Qué toilette!... ¿Hay recepción en su casa?... Perdóneme, yo no sabía. Vine en bicicleta y no estoy vestido como para una fiesta.

—No, Sacha, no hay recepción. Sólo lo espero a usted.

—¡Bueno! Si usted me espera... yo también. Hace ya más de media hora que estaba aquí, detrás de la puerta, a la sombra de la muralla, sin atreverme a golpear.

¡Pobre Sacha! Está lleno de tierra. Se ha puesto sin embargo una hermosa camisa de percalá blanca, bordada en el cuello y en los puños con crucecitas de color.

Verka se eclipsa como estaba convenido. Va a vigilar los alrededores.

Mi amante no se atreve a tocarme. Caminamos el uno al lado del otro, sin hablar.

Caminando a lo largo de la avenida, pasamos al lado del estanque. Para romper ese silencio molesto, digo:

¡Tanto mejor! He aquí la conversación iniciada. Continúa:

—Nosotros tenemos muchas ranas en nuestro estanque. Esto les gustaría a los franceses, que se comen las ranas. ¿Sería usted capaz de comerse una rana?

—¡No! Es asqueroso.

—Pero, en fin, para probar su amor a



Pronto, su boca caliente quema mis muslos. Me siento penetrada por un temblor y ya no puedo hablar

—¿Oye las ranas como chillan? Eso significa buen tiempo.

—En efecto. Tenía yo en casa de mis padres, una rana en un pozo lleno de agua, con una escalerita. Cuando iba a llover, se quedaba en el fondo. Al contrario, cuando el sol brillaba, subía arriba. Es curioso, ¿no cree usted?

una mujer, ¿comería usted rana, si ella se lo pidiera?

—¡Sí!

—¡Qué galante!... Hay también muchos cangrejos en nuestro estanque, porque no está muerto... Es de agua corriente. Comunica con el Don. ¿Le gusta pescar cangrejos? Uno me pellizcó mien-

tras me bañaba. ¡Qué bonita es esta agua misteriosa! ¿No cree usted que parece aprigar espíritus temibles?

—Encuentro, desde luego, que, bajo la luna, con esas lucecillas que bailan en la superficie, como lágrimas de fuego, hay material para inspirar a un poeta.

—¿Debe ser muy difícil escribir versos?

—Sí, pero yo se hacerlos bastante bien... Hoy día he compuesto unos para usted.

—¿Versos? ¿Para mí? ¡Cómo debe amarme! Impaciente, exijo que me los lea inmediatamente. Los sabe de memoria.

Vassia, es usted el ídolo de mi alma.

A sus pies querría vivir siempre.

¿Siente usted ascender como un epitala-

[mo, el soplo ardiente de mi corazón, la llama-

[da de mi amor? ¿Y es puro y sincero? Pero, responde, se-

[ñora, a la voz y al dolor de su trovador.

Es muy lindo lo que me dice en sus versos y estoy orgullosa de haber inspirado a un poeta. Me siento conmovida también y lo felicito.

Sin embargo, no parece satisfecho.

—Entonces, dice, ¿no ha encontrado en ellos nada de particular?

—¿Qué?

Y vuelve a empezar.

No encuentro nada de particular.

Repite por tercera vez, apoyando el acento sobre la primera letra de cada verso. Diríase una máquina neumática que explota rítmicamente. Al fin me explica:

—Es un acróstico... muy difícil de componer. El comienzo de cada verso es una letra de su nombre.

—¡Oh! le dije encantada; es usted un verdadero poeta! Démelos, quiero aprenderlos.

Entonces saca de su chaqueta un papel doblado que me tiende después de haberlo besado.

Yo lo tomo y lo escondo en mi blusa, entre mis senos artificiales.

En seguida lo invito a seguirme al kiosco. Le ofrezco un sitio a mi lado, en el banco, y empezamos a beber licores.

Me coge la mano y la cubre de besos. Yo le pregunto:

—Sacha, ¿usted me quiere?

El exclama:

—Infinitamente.

Y hélo aquí, de rodillas ante mí. Se inclina y empieza a besar mis pies y mis piernas.

—¿Podría usted proporcionarme cien botellas de champaña?

Se detiene, extrañado:

—¿Para qué?

—No puedo decirselo. ¡En fin! Si usted quiere se lo diré... es para bañarme. ¿Sabe usted que en París las mujeres se bañan en champaña, y es lo que las hace irresistibles?

—¿Cien botellas? ¡Es poco! En fin, voy a intentarlo. Por usted lo haría todo.

Vuelve a tomar mis piernas, y poco a poco levanta mi vestido. Yo lo dejo hacer. Es muy agradable. Pronto, su boca caliente quema mis muslos. Me siento penetrada por un temblor y ya no puedo hablar.

El sombrero me molesta horriblemente. Me lo quito. Deseo que me bese los muslos mucho tiempo, toda la noche. Siento un placer enervante y casi un sufrimiento. Espero no sé qué. Estoy sudorosa, inerte, y mi cabeza da vueltas.

La brisa nocturna me trae el perfume de las flores y refresca mi cabeza. ¡Qué voluptuosidad!

Pero he aquí que insidiosamente un extraño olor llega hasta mis narices, impreciso al principio, pero que se impone horrible y dominante.

¡Oh! ¿Quién ha hecho eso?

Estoy segura de que no soy yo. ¿Sacha? Imposible. Se levanta y parece molesto. El también lo ha sentido. ¡Qué horribles sospechas!

Diviso la cola de Belko, acostado bajo el banco y lo comprendo todo. ¡El sucio animal! Ha comido demasiadas galletas.

Estoy horriblemente confundida, mis mejillas se queman de vergüenza. Ya todo el encanto voluptuoso de esta hora se ha roto.

Echo a Belko para señalar a Sacha el culpable y salgo del kiosco diciendo:

—¡Qué calor!

Tengo deseos de soledad. Si Sacha fuera un muchacho delicado debiera comprenderlo y decir:

—Es tarde, hasta luego, es necesario que me vaya.

En algunos días más, el penoso recuerdo se habrá atenuado y podremos volver a vernos y quizás a recomenzar esta noche de amor.

¡Ah! ¡El horrible perro! ¡Destrozar así los mejores minutos de mi vida!

Pero Sacha es un hombre. No tiene fineza. Se acerca a mí, me toma en sus brazos y me estrecha.

No quiero sentirme obligada a rechazarlo. No es de buena educación poner a

PISOS RELUCIENTES
CERA "PRESERVOL"
CIA. CONSUMIDORES DE GAS.
STO. DOMINGO 1061 SANTIAGO.

los visitantes en la puerta, pero quisiera que se fuera. Me parece ridículo ahora y un poco asqueroso. Pero me sigue, busca mi mano y no comprende más que Belko, que se pega a nosotros, desbordante de afección.

Digo:

—Este perro me aburre. Voy a amarrarlo. ¿Me esperará usted aquí un instante, amigo mío? ¿o quizás, como es tarde, prefiere irse?

—No, contesta el muy tonto, la espero.

—¡Sea! Entonces quédese cerca del estanque, ya vuelvo.

Apenas estoy cerca de la casa, amarrando la cadena al collar de Belko, que me lame las manos, se oyen furiosos ladridos en dirección a Sacha, ladridos que sacuden la calmada noche.

¡Diablo! Había olvidado a Serko y a Venus. Guardianes vigilantes, atacan a mi pobre amante. Vuelo en su socorro, mientras Belko se cree obligado a replicar a sus camaradas. El alboroto se torna espantoso.

Nuestro jardinero aparece, en camisa, en la ventana de su habitación, y grita:

—¿Quién está ahí?

Veo brillar luz en la pieza de Babouchka. Esto se pone feo.

Acompaño a Sacha, que escapa corriendo hacia la puerta.

Los perros, al verme, callan.

Sin aliento, me besa apenas, tiembla y me pregunta:

—¿Tiene fusil su jardinero?

—Ciertamente.

Entonces se encarama en su bicicleta y desaparece. Ni siquiera me ha pedido una cita. ¡Qué cobarde! Me voy a acostar muy decepcionada. Serko y Venus van a mi lado y con sus hocicos húmedos mendigan una caricia de mi mano. Están felices de la presencia de un ser familiar a esta hora en que, de costumbre, sólo tienen por compañía a los fantasmas de los jardines y de los bosques.

¡Esperen, perritos míos! Ya pueden estar tiernos esta noche...! ¡mañana será la distribución de recompensas!

■

¡Ha sucedido una gran desgracia! Babouchka se ha caído en un hoyo y se ha quebrado la pierna derecha. Ha sido necesario tenderla en una camilla y que ocho mujiks la llevaran al hospital de Rostoff.

Gritaba como si la estuvieran serruchando viva. Verka caminaba detrás, con una botellita y una cuchara, y a cada rato le daba de beber.



Groucha y yo, en una cabriolet, seguíamos lentamente. Era casi de noche. Nuestro coche iba enganchado a una vieja yegua que sólo servía para dar vueltas regando el jardín. Tenía siempre ganas de caminar dando vueltas y era necesario tirar las riendas sin descanso, de otra manera hubiéramos caído en la zanja.

Ese viaje en el crepúsculo me parecía irreal. En el límite de los campos, los árboles y las casas dibujaban fantásticas siluetas, sobre el cielo sin nubes, de un color rojo de cobre, que poco a poco la noche ensombrecía. Pronto fué necesario encender las linternas. Los pasos de los portadores y los cascos de nuestra vieja yegua resonaban sobre la tierra seca y polvorienta que restituía, con aliento de horno, el calor del día.

Verka exhortaba a mi abuela a que tuviera paciencia, pero la pobre vieja aullaba sin cesar, llamando en su ayuda a Dios y a todos los santos, maldiciendo, injuriando a los cocheros, quienes, según decía, se complacían sacudiéndola y rompiéndole los huesos. Estos murmuraban y amenazaban abandonarla ahí mismo.

A lo lejos, los perros ladraban en diversos tonos.

En fin, llegamos al hospital. Inmediatamente el médico dijo que era necesario un aparato de yeso.

Al salir de la sala de operaciones, Babouchka estaba calmada. Gemía dulcemente. Al vernos, volvió a tomar su tono autoritario y nos mandó a dormir a nuestra casa de Rostoff, recomendándonos que viniéramos a verla al día siguiente, temprano.

Verka, Groucha y yo, obedecimos, y pasamos la noche en nuestras piezas llenas de tierra, extenuadas. Al día siguiente, las tres estábamos a la cabecera de la herida. No había podido soportar el yeso y lo había arrancado con sus uñas, durante la noche. Al vernos, nos ordenó que trajéramos una camilla para transportarla inmediatamente a la casa.

—De ningún modo quiero quedarme aquí. Me volverían a poner yeso, y eso no lo acepto.

Debía pagar caro esa fantasía, pues se quedó coja, lo que no le impide vivir todavía...

La instalamos, accediendo a sus órdenes, en la pieza de mamá, y soy yo la dueña de casa.

Estoy muy orgullosa. Yo ordeno. Babouchka sólo sabe quejarse de su mala suerte y se olvida de dirigir a la servidumbre.

No seré yo quien la fatigue demasiado. Comemos en la terraza. Creí volver a ver a Sacha, pero se ha ido a pasar veinte días a Simovié, en casa de sus padres.

Hay que esperar que pronto podamos volver a nuestra datcha. Uno se ahoga aquí y no sabe qué hacer.

Permanezco acostada todo el día, releo todos mis libros, aunque me los sepa de memoria, y me aburro, me aburro...

He recibido lindas tarjetas y cartas de mamá.

Parece que en París la vida no es tan alegre como se cree aquí. La gente trabaja todo el tiempo o bien se va al café.

En todas las casas hay cafés.

Es una manera de decir, pues se bebe de todo, menos café.

Las tiendas están llenas de cosas muy bellas, pero sin cesar es preciso estar sacando la cuenta: cuántos francos hay en un rublo, y mamá lo olvida siempre. Las vendedoras son encantadoras cuando ofrecen la mercadería, hablan como gorriónes, sonríen como si uno fuera una persona de su familia, pero una vez comprado el objeto, se acabó, toda esa amabilidad desaparece, sus caras inmediatamente se tornan frías y ya no vale la pena hablarles, pues ni siquiera se dan el trabajo de contestar. Mamá se siente muy sola, llega hasta llorar. Eso de llorar no le sucedía nunca, desde que se casó con mi padastro. Su marido tiene, según parece, muchos negocios importantes y sale solo, dejándola en la pieza del hotel.

Las calles están llenas de gente que la empujan a una, y de automóviles que despiden un horrible olor a bencina. Pero a

pesar de todo, París es una ciudad extraordinaria.

Esta tarde me resigno a ir al jardín público. Encontraré niñas y jugaré con ellas a la pelota. Es un poco humillante para una niña de mi edad, pero ¡qué hacer! También hay columpios y yo los aporto.

Groucha mete un ruido terrible en la cocina; diríase que está haciendo juegos malabares con las cacerolas.

La encuentro conversando con Verka. Al verme, se callan. Parecen estar molestas. Mi buena gorda de cocinera tiene los ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué significa esto, Groucha? ¿Por qué estás triste?

—Porque Stépan, su marido, va a venir aquí, contesta Verka.

—No hay por qué llorar. ¿Llega hoy?

—No, no creo, pero espera verlo de un momento a otro.

—Mejor, estaremos menos solas.

Las dos callan e inclinan la cabeza.

Yo digo entonces:

—Grouchinka, puedes hablar delante de mí... yo lo sé todo. En tu vientre hay un niño y tú no quieres que él lo sepa. También tienes miedo de que Stépan te encuentre demasiado gorda, fea, y que ya no te quiera.

—¡Gospodi! (1) Pero de dónde sabe eso, gritan aterrorizadas.

Yo no voy a confesarles que lo he sorprendido escuchando en mi escondite sobre la maleta de mimbre. Tomo un aspecto misterioso y les declaro con voz grave:

—¡Lo sé todo! ¿Por qué os escondéis de mí? Tengo catorce años. ¿Cuándo van a sacar a ese niño de tu vientre?

Groucha, sentada ante la mesa de cocina, murmura:

—No lo sé... pronto, barinia.

—Pero entonces, si no estás segura, nada nos dice que no sea mañana o en cuatro días más. Escríbele inmediatamente a Stépan. Escríbele que estás enferma y que

(1) ¡Dios mío!

THE PRINCE REGENT HATTERS

HUERFANOS 1166, esquina Galería Alessandri — CASILLA 3249 — SANTIAGO

VENDE LOS MEJORES EXTRACTOS FRANCESES A 0.90 EL GRAMO

Tipos: L'Origan; Secret d'Orient; Tabac Blond; Narciso Negro; Brisas de Abril; Ciclamen; Jacinto; Azucena; Cachemire; Orquídea; Geraneun; Flor de Espino; Violeta Natural; Mimosa; Petit Grain; Pavot; Heliotropo; Neroli; Etc.

no quieres que te encuentre en la cama. Que atrase su viaje. Mientras tanto, pedirás a nuestro médico que te saque inmediatamente al niño. Mamá te prometió que ella lo criaría. Mientras llega, soy yo la dueña, me lo darás, y Stépan podrá venir. Si él se permite preguntarme de quién es ese niño, le diré que es mío.

A pesar de sus lágrimas, Groucha ríe y Verka se revuelca, riéndose a carcajadas.

—Estoy feliz. Ríanse, vale más que llorar.

Y contenta por mi éxito, digo:

—Permíteme que te toque suavemente el vientre. ¡Oh! ¡Qué gordo está! ¡El niño ocupa tanto lugar! ¿Cómo está? ¿Crees tú que está sentado o acostado? Debe sentirse muy oprimido.

Abrazo a Groucha de todo corazón.

—¡Dime! ¿me darás a tu hijo? ¡Verás cómo lo querré!

—¡Ah! ¡Baritchnia! contesta Groucha, de nuevo triste, soy tan culpable que la muerte misma no sería un castigo suficiente. ¡Ah! ¡mi pobre vida! ¡Qué será de ella!

—¡Eh! nada sucederá, dice Verka para consolarla. Barinia te ha dicho que ella lo tomaría como propio. No hay muchas que harían eso. Stépan se hará el ofendido para empezar, pero en seguida se calmará. En el pueblo, a cada paso hay babas que han pecado mientras sus maridos eran soldados. Tú no eres la primera y tampoco serás la última.

Después de esta palabra consoladora. Verka vuela para preparar, en una bandeja, el té destinado a Babouchka.

Yo permanecí al lado de la mesa donde Groucha, acodada, la barba entre las manos, lloraba en silencio. Las gruesas lágrimas corrían como en el día de su conversación con mamá. Sus ojos claros, que en ese momento me parecían tan grandes, miraban hacia alguna parte, tristes, resignados, sin voluntad, maternos ya. Hubiérase dicho que escuchaba lo que vivía en ella.

Me pasé la lengua por los labios y me alejé dulcemente, en la punta de los pies.

En verdad, yo había mentido. Por la conversación del día anterior a la partida de mamá, había comprendido que Groucha iba a tener un niño y que se moría de miedo al pensar en su marido. Por su lado, mamá había prometido educar a ese niño. Aquello me había puesto un poco celosa, pero, por otra parte, estaba contenta porque me gustan mucho las guaguas.

Me había imaginado que ese bebé sería muy lindo, tan bonito como su madre, gordo, redondito, con un bello pelo

de oro, crespo, y una piel blanca y apetitosa como una pera.

Muy segura, de que mamá accedía siempre a mi voluntad, no dudaba que me lo daría. Quería mecerlo, lavarlo, perfumarlo, sería como un príncipe, le haría todos mis juguetes viejos, le haría bonitos vestidos; tendría una muñeca viva. A veces iría a hacérselo admirar a Groucha y, cuando me casara, exigiría a Sacha que se sacrificara y lo considerara como nuestro primer hijo.

Yo sabía muy bien que, para tener un niño, era necesario que la mujer se acostara al lado de un hombre, que los dos se abrazaran y se frotaran el uno contra el otro, y, así, se alumbraba en el vientre una llama que se volvía un niño.

Me quebré la cabeza mucho tiempo y al fin acabé por descubrir que debía pasar por el ombligo. Intenté introducir mi dedo. ¡Imposible! Es terriblemente doloroso. Pobre Groucha; ¡cómo va a sufrir! Pero, ¿porqué le tiene tanto miedo a Stépan? ¿Por qué se frotó contra otro? ¡No tiene más que no decírselo!

Nuestra casa de Rostoff-Sur-Don no daba directamente a la calle Pouchkine. Estaba atrás, precedida por un vasto patio limitado por un enorme y grueso muro, a la antigua, en el que trepaban la hiedra y las madreselvas.

Se entraba a la casa por una puerta cochera de dos batientes. En un panneau existía una pequeña puerta para los peatones.

La casa tenía sólo un piso, al cual se subía por una ancha escalera de madera de dos secciones, en ángulo recto. Una balaustrada de madera recortada encuadraba a cada lado los dieciocho escalones macizos y corría a lo largo de la galería que contorneaba el primer piso, donde estaban las habitaciones.

En el entresuelo había entradas profundas que servían de subterráneo. Bajo la cocina habían construido el gallinero. Rosales de enredadera, fornidos, cargados durante la temporada de una multitud de rositas en racimos, invadían la balaustrada a lo largo de la escalera y de la galería cubierta de un techo de madera.

Dos grandes laureles-rosas en cajón montaban guardia a cada lado, en lo alto de la escalera. Durante el invierno eran de un verde frío, pero en el verano se cubrían de flores rosadas.

Puesto que soy la dueña de casa y para tener algo que hacer, mientras volvemos a nuestra datcha, he decidido que se haga una limpieza general.

(Continuará)

Lecturias


21



Una Novela

Tengo 14

años



Por A. ROUBE JANSKY

Traductor: LUIS ENRIQUE DELANO

(Continuación) (1)

Después de la siesta, con Verka, nos aplicamos a lavar una por una las hojas de los laureles. Están cubiertas de pequeños piojitos grises que se las comen y las hacen parecer sucias.

Cada cual encaramada sobre un piso, pasamos un trapo mojado, a fin de hacer desaparecer esos feos insectos; en seguida, con un segundo trapo, limpiamos poco a poco los arbustos. Ahora están claros, alegres y brillantes, de un bello color verde nuevo.

A las seis hace todavía mucho calor. De repente, la puerta se abre y un hombre entra. En su covacha el perro Bourdía ladra perezosamente, gruñe, pero no se da el trabajo de moverse.

Es un soldado, grande, fuerte, que avanza con torpeza. Al pie de la escalera se saca la gorra. Mi corazón se desmorona. Miro a Verka que parece estar consternada.

—¡Stépan!

¿Qué vamos a hacer?

El niño no ha salido todavía y Groucha está más gorda que nunca.

Oímos como a través de una niebla.

—Excúsenme, señoritas... ¿Aldvotia Tróchkine está aquí?

—¿Tróchkine? Yo ni sabía que se llamaba Tróchkine.

—¿Groucha?—le preguntó.

—Sí, si me hace el favor.

Trato de ganar tiempo para reflexionar. En cuanto a Verka, se ha eclipsado para ir a prevenir a la cocinera.

—¿Es usted, Stépan, su marido?

—Sí. ¿Ella está aquí, verdad?

—Espere... Voy a ver. Y me escapo, dejándolo solo al pie de la escalera.

Corro a juntarme con Groucha, que, consternada, pero sin lágrimas, va resignada hacia su destino, acompañada de Verka.

—¡Groucha! ¡es él! ¡No vayas! Diremos que te has ido.

—¡No! ¡Gracias, barichnia! ¡He rogado a Dios! Pase lo que pase.

La seguimos, algunos pasos más atrás. Camina con mucha calma y se adelanta hacia su marido.

—Buenos días, Stépan.

—Buenos días, Groucha.

Se dan la mano y se miran en silencio. —¿Hacia calor en el tren?, pregunta ella.

—¡Sí! ¡Es largo! ¡Dos días de viaje!

Callan otra vez; en seguida Groucha le dice:

—¿Tienes sed? Sube a la galería, ponte a la sombra, voy a servirte algo de beber.

—¡Gracias! ¡No te lo rechazo!

(1) Esta novela comenzó a publicarse en el N.º 19.

Sube nuestra escalera. Intimidado, permanece de pie. Conocedora de mis deberes, lo hago sentar en un sillón y digo a Groucha:

—Trae kwass.

Le pregunto:

—¿Quizás tiene usted hambre? Pronto vamos a comer.

Stépan me da las gracias y contempla a su mujer alejarse pesadamente. Sus ojos se fijan en ella; estudio su fisonomía. Está impasible, pero al notar que lo observo, baja los ojos.

Es un muchacho buenmozo, moreno, con pelo muy negro, rizado, y grandes ojos oscuros, la piel muy morena. Se parece a un georgiano.

Me parece tímido y no creo que sea capaz de hacerle algún daño a Groucha.

En todo caso, lo voy a vigilar de cerca, porque Verka ha murmurado a mi oído todo el tiempo:

—¡Con tal de que no la mate!

¡Ah! ¡Todo se arreglaría si mamá estuviera aquí! Ella sabe tan bien reconciliar a la gente. ¡Con una palabra arregla todos los malentendidos!

Voy a intentarlo yo también. Me acerco a él sonriente.

—Debe tener calor. ¿Por qué no se saca la capa?

—Gracias, señorita, me contesta. Qué calor hoy día... Creo que va a llover. Hace un tiempo de tempestad.

—Aquí estamos muy mal. Es porque mi abuela se quebró una pierna. De otra manera, estaríamos en nuestra datcha.

—¡Ah! ¡Ya comprendo! Es por eso que no encontré a nadie allá, esta mañana...

—¿Cómo? ¿Usted viene de nuestra casa de campo?

—Naturalmente, en su última carta, Groucha me decía que ustedes se iban de vacaciones.

—Volveremos lo antes posible... ¿Está contento de haber terminado su servicio militar?

—Naturalmente.

—¡Es largo, tres años!

—¡Es largo!

—Ya no dejará más a su Groucha ahora! ¡Es tan buena! ¡Si usted supiera cómo la queremos aquí! Valiente, limpia, ordenada, trabajadora, tiene todas las cualidades; ¡y tan buen corazón! Mamá la quiere como si fuera de la familia.

Stépan me escucha y baja la cabeza; en seguida traga saliva y contesta:

—¡Ah! ¡eso! ¡No puede decirse que sea foja!

No es fácil hacerle hablar. Es un oso. Me rompo la cabeza para encontrar palabras amables que decirle. Felizmente, Groucha llega con un vaso y una garrafa de kwass

espumoso. Le sirve. Bebe de un sorbo y le da las gracias.

Hasta la hora de comida permanece ahí, silencioso, y nosotras terminamos nuestro trabajo.

Después de comida tengo menos calor. Me han hecho una okrochka. Es una cosa excelente. En el kwass se ponen pedazos de carnes diversas: ternera, buey, cordero, gallina, cortados en forma de dedales, rondelas de pepino fresco y grandes pedazos de hielo. Cuando está bien frío, se sirve como sopa; es muy bueno!

Después de comida, Verka y yo hemos ido donde babouchka para arreglarle los vendajes. Aprovechamos y le hacemos su toilette de noche.

Como siempre, encontramos a mi abuela silenciosa, sus ojos miran hacia el pasado. Su perra Tamara la contempla. El pobre animal desmejora. Está triste. Enflaquece. Ya no me ladra ni yo tengo valor para hacerle bromas.

La pierna no está bien. El doctor ha dicho que siempre quedaría más corta que la otra y que mi abuela cojearía, por no haber querido soportar un aparato de yeso.

En cuanto terminamos ese trabajo, Verka sale, escondida. Yo sé dónde va, pero no puedo decirlo. Es un gran secreto. Ella me lo ha confiado y yo no la traicionaré.

¡Ah! ¡Todo el mundo tiene alguien que lo quiera!

Groucha está con Stépan, babouchka con Tamara, mamá con su marido. ¡Todos! ¡Todos! Sólo yo no tengo a nadie. El miserable de Sacha aun no ha regresado de casa de sus padres... y Bourda es muy sucia. En su casucha he querido acariciarla; pero huele tan mal, que no he insistido.

Vagabundeo, ociosa y aburrida, sin sueño. El piano no me interesa. No tengo nada que leer.

Voy a tomar el fresco en la galería. Oigo voces abajo, en el patio. Son Groucha y Stépan que están sentados en los últimos escalones de la escalera. Hablan en voz baja. No quiero molestarlos y me siento arriba muy suavemente, tras de un laurel, las rodillas entre los brazos cruzados, la cabeza apoyada en la balaustrada.

¡Qué bella noche sin luna, brillante de estrellas, que podrá coger, si lo quisiera, con la mano!

Con el rostro levantado hacia el cielo, estiró el cuello para permitir a la ligera brisa nocturna que se deslice entre mi cuerpo y mi blusa, anchamente abierta. Estoy como en un baño fresco. Estoy bien, pero mi corazón está pesado. ¡Me siento tan sola en esta hora, abandonada, inútil!

Cuento las estrellas. Las voces contentas de Stépan y de Groucha zumban y suben hasta mí.

La punta de fuego de un cigarrillo se anima y desaparece alternativamente. Un faro en medio de la noche.

—Pero, ¿por qué no me has esperado, Groucha? ¡Qué vientre tienes! ¡Hay dos, quizás, hein!

—¡No! Está solo, Stépan, lo siento muy bien.

En seguida han bajado la voz.

Oigo que murmuran, pero aunque me esfuerce, no distingo nada más.

Tengo miedo por Groucha.

En fin, se animan y sus palabras llegan hasta mí.

—¡Hasta!... ¿Por qué no quieres contestar? Habla, tengo derecho de saber...

—No puedo, es demasiado difícil. No me lo pidas. Si quieres, perdona. Si no quieres, no perdones, pero sábelo que te quiero, que sólo te quiero a ti y sólo en ti he pensado siempre.

—¡Pch! ¡Ya lo veo que sólo me has querido a mí!

—Créeme, Stépan. No es culpa mía.

—Si no es culpa tuya, cuéntame, quizás perdone; pero para eso es necesario que sepa toda la verdad. ¡Quiero saber toda la verdad! ¡Quién te ha hecho eso! ¡Vamos, habla!

—Tú no lo conoces.

—¡Pero habla luego!

—Un fraile.

—¡Cómo! ¿Un fraile?

—Sí.

—¿Qué me estás diciendo? ¿Un fraile?



Flores de Pravia

La pasta
dentrífrica

FLORES DE PRAVIA

limpia y embellece los dientes y
perfuma el aliento.

Usar mañana y noche la pasta
«FLORES DE PRAVIA», cons-
tituye un placer y una necesidad
saludable.

Precio del tubo:

2

PISOS RELUCIENTES
CERA "PRESERVOL"
CIA. CONSUMIDORES DE GAS.
STO. DOMINGO 1061 - SANTIAGO

¿Un religioso?

—Es verdad, te lo juro por Dios.

—¿Dónde lo conociste?

—Cuando fui para ver nuestra isba.

—¿Entonces?

—Había una hendidura en el techo y la chimenea estaba tapada con un nido. Era necesario hacer reparaciones en la puerta y yo quería que encontraras tu casa en buen estado para cuando volvieras para la cosecha.

—¿Y después?

—Una noche, un fraile mendigo, vino a golpear a nuestra puerta. Me dijo que recorría toda Rusia recogiendo limosnas para construir un monasterio.

Llevaba en el cuello una caja de metal donde le echaban el dinero. Me rogó que le comprara un pequeño ícono o un librito de oraciones. Pensé que era un hombre santo y que estaba cansado. Entonces lo invité a entrar, para que descansara un poco y le ofrecí de comer.

—¿Y después?

—¡Y bien! Comió, bebió, se instaló ante la chimenea y me contó historias, cómo recorría los pueblos, quiénes eran más generosos... y esto y lo otro... No cesaba... Hablaba como recitando oraciones contra el dolor de muelas, y en seguida... la noche vino... Nevaba mucho y el viento soplabla muy fuerte. Me pidió la caridad de dejarlo dormir en un rincón de nuestra isba... ¿Cómo rehusar? ¿Cómo echar fuera a un hombre con un tiempo como ese... y todavía, ¿un hombre?... ¡un fraile! ¡un religioso!

¿Recuerdas el hombre con un cuchillo en la mano que vi una noche en nuestra isba, bajando del techo? Tendí, pues, algunos sacos sobre el banco y yo me acosté arriba, sobre la estufa.

—¿Y entonces?

—Entonces...

—¿Qué?... ¡Acaba!

—En la noche tengo el sueño muy pesado. Había trabajado mucho para reparar la casa. Estaba cansada... Cuando me desperté, era ya demasiado tarde!

—¿Qué me cuentas!... ¡Demasiado tarde! Que era demasiado tarde... ¿Ya no estaba cerca de ti?

—Es decir... yo dormía. Hacía mucho calor en la estufa y debí descubrirme... Yo no sé... Soñaba contigo. Cuando sentí que estaba acostado sobre mí, creí al prin-

cipio qué eras tú. Y cuando comprendí que era otro, ya no podía rechazarlo. Pesaba con todo su cuerpo sobre mí, hasta ahogarme. ¡Eso es todo!

—¿Es todo?

—Sí.

yo soy una joven baba rusia, fresca y en-
tradita en carnes; no pude quedarme tres
años sin moujik y entonces pequé... Te
conozco, anda. ¡Eres tú quien subiría más
bien sobre un fraile! Es agradable, pardiez,
con un hombre santo. ¡Dios perdonará y



Observo desde arriba, apoyada en la balaustrada.

—¡Mientes! ¡Putá! No te creo una pala-
bra. Has inventado todo eso para rellenar-
me la cabeza (1). ¡Un fraile que te saltó
encima! ¡Cuéntaselo a otros!

—¡Stépan! ¡Te juro que es la verdad!

—Por qué no decir la verdad, así y así:
Stépan, te mandaron a hacer el soldado;

nadie lo sabrá! ¡Ah! ¡Vete o te mato! ¡Pe-
rra!... ¡Yo que esperaba a mi Grouchin-
ka! ¡Dormía con su fotografía!... Ante
este hocico rezaba como ante un ícono, y
en la noche le hablaba. Los camaradas se
burlaban de mí. "Por una baba ha perdido
la cabeza". ¡Bah! y pensaba: "Ella me es-
pera, mi cisne fiel. Cuando vuelva la abra-
zará, la besaré, me quemaré de alegría y
mi alegría la quemará!"

(1) Traducción exacta de la expresión
rusa: Morotchúte golovou.

—¡Ah! ¡Stépan! ¡Yo también pensaba como tú!

—Tenía hechos mis proyectos, volveríamos a nuestra casa, a nuestro pueblo, a nuestra isba, donde encontraríamos todo, compraríamos un caballo y una vaca. Hay tierra suficiente. Podríamos vivir el alma en el alma, como dos pichones. Los peores momentos de la vida de soldado con todos sus inconvenientes, no me importaban. "Groucha me espera". Mi Groucha. Me basaba pensar en tí para soportarlo todo alegremente... Y desgracia de desgracias, todo está sucio. Mientras en la noche yo lloraba entre mis sábanas, reteniéndome para no gritar de tantos deseos de tí, de tu piel, de tu carne, tú te hacías llenar tu sucio vientre. ¡Ah! ¡te tengo asco! ¡Vete! ¡Vete inmediatamente o te reviento! ¡Anda! ¡Que no te vea más!

Groucha no contestaba. Parecía esperar algo no sé qué. En seguida se levantó, y, bajo la claridad de la luna, que acababa de aparecer, la vi subir hacia mí, lastimosamente, las espaldas encorvadas, entrando su vientre y caminando, la mirada vaga y fija como una sonámbula. Pasó muy cerca de mí, sin verme. Hubiera querido consolarla, pero me pareció tan extraña, que me dió miedo. Me puse a llorar y tuve vergüenza. Iba a levantarme para ir a buscarla en la cocina, cuando oí un grito ron-

co: Stépan sollozaba y me pareció que hubiera ladrado.

Como cada vez que no duerme en casa, Verka, al volver de su escapatoria, ha entrado en mi pieza.

Es más temprano que de costumbre. Me ha parecido muy agitada.

—¡Barichnia!, me dice. ¿Sabe lo que voy a anunciarle? Hay cólera en el pueblo; parece que ya hay muertos.

¡Pero yo no tenía la cabeza como para oír hablar del cólera! Había en nuestra casa un drama mucho más inmediato. Le conté la conversación que sin querer había sorprendido entre Stépan y Groucha.

Fué necesario dar todos los detalles. Verka me dijo:

—¡Es seguro! ¡Va a matarla! Ya lo he juzgado. ¡Es peor que un zingaro! Sus ojos queman como dos carbones. Con ese pelo negro y rizado, es ciertamente violento y celoso. Usted debiera escribirle a su mamá para decirle que vuelva inmediatamente. Trataremos de calmarlo y de alejarlo hasta que ella vuelva, y entonces ella nos protegerá. Lejos de su mujer reflexionará y quizás perdonará.

Por mí, sólo pensaba en salvar al niño. ¡Ah!, no. ¡Todo, menos que dejar matar a Groucha! ¿Escribir a mamá? ¿Para qué? Está demasiado lejos, y de aquí a que vuelva, ¿quién sabe lo que puede suceder?

En efecto, sólo tenemos una sola solución: alejar a ese pobre desdichado.

Quiero a Groucha, porque sufre; pero siento que Stépan sufre también y merece piedad. La quiere, eso es evidente; le ha hablado con una voz que no engaña y sus sollozos me han llegado al corazón.

Jamás Sacha ha llorado por mí, y cuando me habla de amor, su voz nunca me ha emocionado tanto.

¿Qué es el amor? Los dos se quieren y no se comprenden.

Con Verka decidimos ir en busca de Groucha para llevarla a la pieza junto a la mía. Esta noche no debe suceder una desgracia, y de ese hombre que ha perdido la cabeza, debemos temerle todo.

Mientras tanto, él reflexionará, y yo de aquí a mañana tendré tiempo para decidir lo que debemos hacer.

Hay que separarlos, a cualquier precio. Es necesario que él vuelva a Snameenskaya.

Miro por la ventana. Permanece todavía en el patio, sobre el primer escalón de la escalera, acurrucado, la cabeza entre los brazos, inmóvil. Diríase que duerme.

¡Pobre tipo!

Ella está en la cocina, en su cama. Ni siquiera ha pensado en correr la cortina

Por que sufro del estreñimiento?

INTESTINOL

El tratamiento racional del estreñimiento crónico, enteritis, afecciones del hígado, hemorroides, enterocolitis, afecciones cutáneas.

A base de: Extracto Intestinal, Extracto Biliar, Agar-Agar, Fermentos Lácticos y Lactosa.

En todas las farmacias

LABORATORIO GEKA (S.A.)

Av. Portugal 1168-Sgo

Reeducador del Intestino

M.R.

que ensombrece el rincón en que duerme. Solloza y gime dulcemente.

Vamos a abrazarla y queremos hacerla levantarse para que venga con nosotras. Pero rehusa:

—No, gracias, dice. No se molesten por mí. ¿Para qué?... ¡A la gracia de Dios!

Verka no me ha mentido. Hay cólera en el pueblo. Es horrible. El Gobernador ha hecho poner affiches en todas partes.

“No se debe beber agua que no esté hervida;

Prohibición de poner hielo en las bebidas;

No comer frutas ni legumbres crudas.

Prohibición de irse de Rostoff-sur-le-Don”.

¡He aquí una historia!

¡Y todo se estaba arreglando tan bien! Esta mañana, en cuanto desperté, fui a la cocina y encontré a Groucha tranquila, como de costumbre, preparando el desayuno. No le dije nada y me fui en busca de Stépan.

Estaba en el patio, fumando, sentado sobre un cajón.

Me atreví a preguntarle:

—¿Y bien, Stépan? ¿Se acostumbra aquí?

—Sí, barichnia. Pero debo irme.

Casi he gritado de alegría. ¡Era todo lo que yo deseaba! No insistí para retenerlo.

Evidentemente, le he contestado, deben necesitarlo allá para la cosecha. Pero después volverá.

Ha sonreído amargamente y me ha dado las gracias.

He aquí que de vuelta del mercado, Verka nos trae terribles noticias. Según parece, la epidemia es muy violenta. Ha venido repentinamente, cuando nadie la esperaba, e inmediatamente ha tomado una extensión temible. Hay ya un gran número de muertos.

Nuestro frutero, Brikine, se cuenta entre las víctimas. Era tan gordo, que tuvieron que enterrarlo sin ataúd.

Una mujer, en el mercado, refería que estaba hinchado y enteramente negro, con una cara horrorosa. Lo pusieron en una carreta, y al atravesar la ciudad, todo el mundo se empujaba para verlo, a pesar de la prohibición de la policía.

Verka pretende que una desgracia no viene nunca sola.

Es muy cierto. Todo nos sucede al mismo tiempo.

Mamá está lejos, no puedo prevenirla. Acabo de recibir una postal de Bruselas, donde me dice que continúa su viaje y ha comprado encajes.

Stépan ya no puede irse. Hemos aquí obligadas a guardarlo aquí. Los trenes ya no vienen a Rostoff y la ciudad está rodeada de soldados que tienen como consigna disparar sobre todos aquellos que quieran salir.

Babouchka, en su cama, sólo piensa en su pierna. Sacha no vendrá y no me escribirá. Quizás ya no me quiere.

¡Qué desgraciada soy!

Estamos encerradas en esta casa como lauchas en una jaula. ¿Qué hacer?

¡Y qué calor! ¡Una se ahoga! Estamos todos cansados, sin fuerzas. El pelo se me pega a las sienes.

Tengo deseos de llorar y de llamar a mamá que está tan lejos, no sé dónde, y que me olvida. Antes, en la casa de mi verdadero papá, nunca se separaba de mí. Cuando parecía desgraciada, yo unía mis lágrimas a las suyas para consolarla y me estrechaba muy fuerte contra ella.

—Eres mi único tesoro, me decía mamá.

Después íbamos a buscar bizcochos a la gran caja de lata y comíamos hasta que ya no podíamos más.

Tenía hambre, cuando estaba sola con ella. En nuestro inmenso comedor, donde podían comer cien personas, éramos solo tres en la mesa. Era un cuadro tan lúgubre, con mi padre siempre silencioso y triste, que el pajarito de Mamotchka (1) perdía el apetito.

De esa casa sólo he guardado un buen recuerdo: los largos trozos de jabón guardados en la reserva, y de los cuales cortaban pedazos para nuestro uso.

¡Qué bonitos eran! Amarillos, transparentes y perfumados. Yo sentía deseos de morderlos como a las pastillas. Hasta hice la prueba una vez y no eran tan malos.

¡Lástima que no comprenden ese jabón aquí!

Una noche mamá fué a buscarme en el momento en que la nodriza me metía en la cama. Estaba trastornada, pálida, nerviosa. Tenía el sombrero puesto y sus ojos brillaban de lágrimas contenidas.

Ella misma me vistió. Sus manos temblaban. Puso mis vestidos en una maleta, me tomó de la mano y me trajo en coche hasta esta casa, donde estoy todavía y donde nos recibió mi segundo padre.

Inmediatamente sentí que éste nunca me querría, a pesar de sus besos y de sus palabras amables, demasiado amables, y que denotaban esfuerzo.

Después mamá se divorció y se casó con el que amaba, por el cual había abandonado a mi verdadero padre, que partió para Europa y al cual nunca más he visto.

A menudo pienso en él y lo siento. Nun-

(1) Mamacita.

ca sonreía, hablaba poco, pero sus ojos eran tiernos para mí y estoy segura que me quería.

¿Por qué me abandonó?

Quizás quiso evitarme tener que escoger entre él y mamá.

Nuestra vida cambió completamente.

Mamá me pareció inmediatamente más hermosa, joven como una niña, caprichosa y alegre. Sus ojos azules, tan a menudo llenos de lágrimas, se volvieron brillantes, alumbrados por una llama que los hacía más profundos. Yo no los reconocía. Me miraban de otra manera. Se deslizaban sobre mí indiferentes, y a veces yo los rehuía, porque creía comprender que los amargaba, al recordarle esa vida penosa en la gran casa triste.

Me costó acostumbrarme a nuestra bonita casa de ahora.

En la pieza de mamá, antes de su partida, había siempre montones de ropa recién aplanchada, colocada sobre una mesa, mientras la doncella le ponía las cintas de todos los colores. Yo admiraba los grandes calzones de encajes y linón. Cuando mamá se los ponía, una colita de la camisa se le salía a veces. ¡Se veía tan divertida! Yo saltaba y la besaba en el cuello

y en los rizos innumerables de sus cabellos.

Nunca he visto una mujer tan bella. Todo en ella era apetitoso, gordito, caliente y olía a mamá. Yo me frotaba contra su pollera, contaba los hoyuelos de sus brazos y agradecía a Dios que me hubiera dado una madre tan bonita.

Desde que quiso al "Otro", me dejó a un lado. Se encerraban en su pieza y comían buenas cosas, de las cuales yo solo podía probar los restos en la cocina. Ella lo dejaba llamarme "el pedacito que toca piano", cuando era más fácil llamarme "Vasia".

Una vez me sorprendió sobre las rodillas de mamá, y me sonrió irónicamente:

—¡Qué ternura! Eres demasiado grande para hacerte mecer sobre las rodillas de tu madre. ¡Vete! Tengo que hablarle.

Toda colorada, confusa, me bajé y me alejé, con el corazón lleno de rencor.

¡Oh! ¡Celoso! Estaba terriblemente celoso de mí. ¡Quería a mamá para él solo!

Usted podrá hacer todo lo que quiera. Michel Petrovitch, yo no le temo. A ella puede gustarle besarlo como a mí me gusta besar a Sacha, pero es a mí a quien prefiere!

EDITORIAL DOCUMENTOS

CUADERNOS DE LA ECONOMIA MUNDIAL

CUADERNOS DE LITERATURA PROLETARIA

CUADERNOS LIBRES

Nuestro propósito ha sido y es difundir las doctrinas económicas de la época, servir a una nueva cultura, fundada en las necesidades del trabajo y de la justicia social, y ayudar a la formación del Estado moderno, técnicamente organizado y coordinador de las energías colectivas.

En nuestros "cuadernos" se han discutido y se discutirán libremente las doctrinas sindicalistas, marxistas, socialistas e individualistas. Su discusión es científica y no partidista.

Valorizar el país, dar una cultura al país, he ahí, en resumen, nuestro objetivo.

Próxima publicación: Paul Vaillant Couturier, **JUAN SIN PAN**. Apasionante narración del período de la Gran Guerra.

HAGA SUS PEDIDOS A LA

LIBRERIA "WALTON"

TEATINOS 172.—CASILLA 3585.—TELEFONO 88389. — SANTIAGO DE CHILE.

Esa tarde, después de haber dormido todo el día, me había arrastrado fuera de mi pieza, porque tenía hambre. Bostezaba de mal humor; había ido a acodarme en la balaustrada. A las nueve, el día todavía no quería morir. En el patio, Bourda se paseaba a lo largo de la muralla. Groucha me trajo algo de beber y le pregunté si no había visto a Verka.

—Se fué inmediatamente después de almuerzo, me contestó. Tiene que ir al pueblo. Stépan la ha acompañado.

¡Qué buena es esta pobre Groucha! Yo sabía que sufría mucho al tener que soportar a su niño, y a pesar de eso era siempre servicial. Se ingeniaba en prepararnos buenos guisos, sin peligro de cólera. Con este calor, asarse todo el día delante de una cocina. ¡Qué valor! ¡Jamás se quejaba!

La miré, y, de repente, sin saber por qué sentí algo en el corazón. La abracé con todas mis fuerzas y le dije:

—¡Mi Grouchinka querida! ¡Pronto llegará mamá y seremos felices!

—¿Por qué sufre usted, mi barichnia querida?, me contestó. Usted que no tiene más que dejarse vivir tranquilamente, leer sus libritos y esperar la vuelta de su mamá, que le traerá hermosos regalos?

Si ella estuviera aquí, hace mucho tiempo que hubiera encontrado el medio de volver a nuestra datcha llevando a babouchka.

—¡Ah! ¡Groucha! le contesté, no puedo creer que mamá vuelva algún día. Vamos a quedarnos encerradas aquí, en esta prisión.

—Mi querida barichnia, usted está melancólica porque ha dormido demasiado esta tarde.

La puerta se abrió y Stépan entró, seguido de Verka. Debe haber tenido mucho calor. Ya no estaba correcto con su uniforme como el día en que llegó. Llevaba su chaqueta doblada sobre el brazo y se contentaba con una camisa azul, desteñida por el lavado, y muy abierta sobre el pecho. Sobre su cabeza descubierta, el pelo negro rizado estaba en desorden. Me saludó, se sentó en la escalera y encendió un cigarrillo.

Groucha no se movió y miró a su marido.

Verka subió a juntarse con nosotros. Nos mostró a Stépan y dijo:

—Mírenlo. No se parece así a un verdadero zingaro. Si yo tuviera un caballo, ceñiría la caballeriza.

—¿Por qué?, le pregunté.

—Porque los zingaros se roban los caballos.

—Es posible, pero si los zingaros se parecen a él, son buenos mozos. ¡Mira, Groucha, qué bello es tu Stépan! Tienes razón para quererlo.

Groucha me miró y se volvió en seguida para huir a la cocina.

—¿Qué le pasa, dijo Verka.

—No sé, le contesté. Pero tú, Verka, ¿qué has hecho hoy día?

—He querido distraer a Stépan. Lo llevé a ver los entierros. Es interesante, sabe, barichnia, desde que no conducen a los muertos a la iglesia, por orden del Gobernador. Los llevan amontonados en una carreta y sin ataúd. ¿Usted conocía a Vlasof, nuestro carnicero? Murió esta mañana. Ayer enterraron trescientos. ¡Es terrible! Debiera ir a ver eso!

—¡Oh, no! ¡me daría mucho miedo!

—¿Por qué? ¡Si usted viera qué divertidos son! Hay algunos que tienen unas caras increíbles, apenas si se les reconoce.

—¡Cállate! ¡Me das asco! Vas a pescar la enfermedad y será por tu propia culpa.

—¡No, no, barichnia! Al que no tiene miedo no le sucede nada. Y después de todo, esas son tonterías. Usted cree que no como fruta y que no bebo agua de la fuente. ¡Peuch! ¡nada me pesca a mí! Soy sólida, no sé lo que es estar enferma... Y después de todo, es el destino. Una vieja del mercado me contó que es la quinta vez que vé el cólera, y dice que ha conocido gente que hacía todo lo posible para no enfermarse y que murió, mientras que otros, como ella, que comían y bebían de todo, no tuvieron nunca nada. ¡Ah! ¡Vé usted! Cada uno está marcado de antemano y el que debe morir morirá.

—Eres una imbécil, Verka, voy a contárselo todo a babouchka.

—¡Oh, no! barichnia, nos prohibirá salir. Stépan se quedará todo el día encerrado y se volverá muy malo. Mientras que ahora está mucho más gentil. Está alegre. Conversamos y olvida a Groucha.

—¿Y por qué quieres que lo olvide? Si la olvida no la querrá más.

—Usted no comprende, barichnia. Mientras Groucha está enferma, es preferible que se quede sola y que Stépan no la vea. No está nada de hermosa ahora. A causa de ella él es desgraciado. Usted no se ha fijado en su mirada, cuando la mira. Por momentos me da miedo. No dice nada, pero eso es peor. Cuando estamos afuera juntos, parece olvidarla. En cambio así yo lo saco, le muestro la ciudad, lo divierto. Hago todo eso por Groucha, porque es tan buena y la quiero tanto!

—¡Cuidado! ¿Y si saliendo con él te enamoras?

(Continuará)

Lecturas




\$2

ALVIAL

N° 23

Una Novela Tengo 14 años



Por A. ROUBE JANSKY

Traductor: Luis Enrique Délano

Continuación (1)

En fin, sin respiración, rojo, sudoroso, el pelo en rizos locos, nuestro soldado franco se dejó caer sobre una silla, y una por una, a nuestro turno, tratamos de distinguírnos mostrando nuestro talento.

Verka cantó con una voz aguda:

“¿Por qué, pues, esta noche
está tan maravillosa?”

Después de este vals sentimental, Groucha, que parecía vivir, cantó una vieja canción campesina:

“Un palomito llora
noche y día,
buscando a su paloma
que se ha ido.”

En cuanto a mí, después de haberme excusado de estar ronca y de no tener mi piano, cedí a sus instancias y les canté una canción zingara de mi madre:

(1) Esta novela empezó a publicarse en el número 19.

“Ah! cómo quiero acariciarte,
besarte
y encantarte.”

Tuve mucho éxito.

Después de ese concierto sentí que aun tenía hambre. Ya no quedaba nada.

Verka nos dijo:

—Esperen un poco, tengo algo en mi pieza.

Desapareció y volvió poco después con los brazos cargados con una sandía.

—He aquí —dijo—, la compré esta mañana para mí, porque yo me río del cólera.

Como habíamos bebido el licor nauseabundo de babouchka, persuadidos de que ya no había nada que temer, decidimos comérmola. Pero nos pareció muy caliente y la pusimos a refrescar en un balde que bajamos al pozo.

Desgraciadamente, cuando quisimos subir nuestra sandía, el balde se soltó y nuestro postre se puso a flotar a cinco metros bajo tierra. Stepan propuso:

—Denme una escalera, voy a ir a buscarla.

Dicho y hecho.

Amarrada la escalera con el cordel del pozo, Stepan pasó por el borde.

Groucha gritó:

—No vayas, Stepan, es demasiado peligroso. No se ve nada y puedes ahogarte.

El contestó, majestuoso:

—El mar no llega hasta la rodilla (!). Y bajó.

Para alumbrarlo, Groucha tomó la luz que estaba encima de la mesa y la sostuvo por sobre el boquete del pozo.

¿Fue la emoción? ¡He ahí que la grandísima idiota dejó caer la lámpara, que desapareció en el agua! ¡Felizmente pasó al lado de Stepan, sin tocarle!

En fin, subió la sandía y la comimos íntegra a la claridad de la luna.

Esto puso fin a nuestra fiesta, y cada uno se fue a acostar.

Verka me ayudó a desnudarme y comenzó un gran elogio de Stepan. Le descubría todas las cualidades: era valiente, alegre, artista, ¡y qué buen mozo! ¡Groucha sólo era una tonta, y todo lo que le sucedía era nada más que por su culpa!

Tuve que hacer callar a la habladora. En fin, con la cabeza pesada, me dormí profundamente.

En la noche desperté con la boca seca, la garganta ardiente y un fuerte dolor de estómago. Busqué la botella sobre mi velador. Estaba vacía. Verka había olvidado llenarla.

Muy despacio, a fin de no despertar a nadie, me deslicé de la cama, tomé la botella y, con los pies desnudos, a pasos sordos, fui a buscar agua hervida en la cocina.

La puerta estaba cerrada.

En el momento de abrirla oí un gemido y la voz de Stepan.

Me detuve, sorprendida.

El decía:

—¡Cochina! ¡Cochina!

Groucha gime sin detenerse.

Mi corazón se pone a latir tan fuerte que me parece oírlo. Suspiran ahí detrás.

—¡Ah! ¡Mi adorado!

Y el otro continúa:

—¡Hembra! ¡Toma! ¡Toma! ¿Vas ahora a botar a tu bastardo? ¡Dime! ¡Habla!

Y ella contesta:

—Sí. Yo te daré uno o los que quieras.

Las voces se ahogaron, y no oí nada más que un ruido de madera que crujía. Y después fue el silencio.



No sé cuánto tiempo permanecí ahí, estaba bañada de sudor. Apreté mis muslos el uno contra el otro, temblaba. Una sensación dulce y fuerte, indefinible, me recorría entera. No me atrevía a moverme, no me atrevía a entrar, no me atrevía a irme.

A ningún precio quería que se supiera mi presencia.

Hasta olvidaba que tenía sed.

Esperé mucho rato antes de decidirme a volver a mi pieza.

En mi cama, imposible dormir. De los pies a la cabeza mi cuerpo parecía clavado por pequeñas agujas... No podía luchar.

Hasta esa noche quería a Groucha y la respetaba. La creía desgraciada, víctima de la fatalidad. La miraba un poco como a una santa, puesto que había sufrido.

Esta mañana la desprecio.

¿Por qué?

Groucha ya no me parecía una víctima, sino la cómplice de una acción fea.

Ella oí bien. Prometió destruir su hijo. Yo no podré nada. Renunció a vigilarla.

Se me ha vuelto extraña y me siento horriblemente triste.

Cuando entré en mi pieza para despertarme, no pude mirarla a los ojos.

(1) "More po koleni" (proverbio ruso).

**PISOS RELUCIENTES
CERA "PRESERVOL"**
CIA. CONSUMIDORES DE GAS.
STO. DOMINGO 1061- SANTIAGO.

Ella, al contrario, me ha colmado de cuidados afectuosos, inquietándose por mi salud y culpando al vodka que tomamos ayer de mi mal semblante. Me ofreció píldoras para disipar el dolor de cabeza. Mientras más taciturna y silenciosa me veía, más multiplicaba sus pruebas de afecto.

Ella tampoco tenía buen semblante. Cuando no me miraba, yo la observaba.

Con dificultad arrastraba su grueso talle, su pelo estaba pegado a la frente por el sudor y, sin embargo, parecía feliz. Se veía que luchaba para esconder su alegría. Cuando se acercaba a mi cama y me tocaba la frente para ver si tenía fiebre, yo retenía la respiración, pues se desprendía de esa mujer un olor caliente de bestialidad como una exhalación de establo, con un olor rancio a cebolla y a sudor agrio.

Se fué a buscar mi té y yo me asomé a la ventana a respirar el aire ya pesado.

Stepan, en la terraza, remendaba una de sus botas. Clavaba los clavos en la suela canturreando.

Su camisa azul destañada, entreabierta sobre su pecho fuerte, dejaba ver algunos pelos negros, crespos. Pies desnudos, el pelo en crespos desordenados, alegre, interpelaba a Groucha y a Verka y se hacía servir como un amo. Parecía estar en su casa.

Verka, que barria las piezas, abandonaba su quehacer a cada momento para correr hacia él y conversar.

Las dos sirvientes se apresuraban a obedecerle y serle gratas.

El recibía esas amabilidades como un homenaje que se le debía.

Groucha le llevaba útiles para su trabajo. Verka acudía con fósforos y le encendía el cigarrillo.

¿Estará ésta también enamorada de él?

¡Si ella supiera lo que ha pasado esta noche! Para no parecer que los veo, me he absorbido en la lectura de una colección encuadrada del viejo periódico ilustrado "Niva". En seguida Stepan me ha llamado:

—¡Eh! ¡Barichnia! ¿Cómo ha amanecido?

Le he contestado:

—¡Gracias! ¡Estoy bien!

Groucha le ha gritado desde la ventana de la cocina:

—A barichnia le duele la cabeza. ¡Déjala tranquila!

—Venga, pues, aquí —ha vuelto a decir—, yo conozco una excelente oración para hacer pasar el dolor de cabeza a las muchachas.

Le he contestado, con un tono serio, que no necesitaba de su oración.

No quiero verlos más. Me dan asco. Verka, tanto como los demás. Hoy día siento en el corazón hostilidad hacia ellos. No comprendo yo misma, pero no puedo dominar esta impresión de frialdad y de repulsión.

Por nada lloraría. Me ahogo, tengo un nudo en la garganta, me siento molesta.

He tomado mi té. Groucha lo ha preparado muy simple para que yo no pierda el color rosado de mis mejillas. En seguida he peinado y escobillado mis cabellos largamente y me he entretenido en hacer con ellos una larga trenza que he enrollado como una morcilla alrededor de mi cabeza.

Me di la ducha fría y me jaboné tres veces para purificarme. Me he frotado tan fuerte que mi cuerpo estaba escarlata. Lavé y perfumé mi cabello, y me puse un vestido de tela fresca.

¡Oh! no quiero parecerme a ellos. ¡Jamás! ¡Jamás! He recitado ante los iconos todas las oraciones que sé. Quiero volver a ser una gentil nifita; quiero esperar buenamente a mi mamacita que adoro.

He ido a dar los buenos días a babouchka y me he instalado al lado de su cama.

¿Desea ganar dinero extra?

Jóvenes, estudiantes, empleados, pueden ganar fácilmente 20 ó más pesos al mes, ocupando algunos minutos de sus horas de ocio.

Cualquier hombre o mujer, puede ganar dinero extra.

Escriba pidiendo detalles a CASILLA 3805.—Valparaíso.

Me ha reprochado que me acostara tan tarde y me ha encontrado el semblante cansado.

Repentinamente me he puesto a llorar y le he dicho que me aburría aquí.

Babouchka me ha reconfortado, me ha recordado que Cristo había sufrido más que yo. ¿Acaso se quejaba ella? Y, sin embargo, tenía la pierna quebrada, y esto, y lo otro, todo un largo sermón del cual no comprendí nada.

Cuando terminó de predicar le supliqué que hiciera pedir al gobernador un salvoconducto que nos permitiera volver al campo, a nuestra querida darcha Loubouchka.

—¿Y mi pierna?, exclamó.

—Podríamos transportarla dulcemente en una camilla.

—¡Tú quieres mi muerte! ¡No lo pienses! Sufro más que nunca.

Sólo con esta idea se puso a gemir que partía el alma.

—En fin, babouchka, déjeme irme sola. Allá hay flores, hace fresco, mientras que aquí me ahogo.

—¡Mi pobre hija! Comprendo que aquí no te diviertes, pero ya no tienes mucho tiempo más que esperar. Tu madre volverá pronto. Yo siento más que tú mi pierna quebrada, pero créeme que no lo he hecho adrede.

—¡Oh, Babouchka!— exclamé confundida— durante un minuto he sido egoísta! Perdóneme, sólo he pensado en mí.

Y le besé la mano.

Por nada en el mundo quería sentarme en la misma mesa que Stepan, Groucha y Verka, y le pedí permiso a mi abuela para almorzar con ella en su pieza.

Un poco extrañada por este amor repentino, consintió.

Empezó por su vasito de anti-cólera y comió con buen apetito.

En cuanto a mí, me fué imposible traer una gota de ese inmundio remedio. No toqué casi los alimentos que Verka nos servía, mirándome con extrañeza.

Babouchka se quedó dormida en seguida y yo aproveché ese tiempo para escribirle a mamá.

He regado mi carta con abundantes lágrimas que se secaban muy luego, dejando manchas redondas donde la tinta palidecía.

¡No importa! Ella comprenderá así hasta qué punto necesito de su presencia.

Babouchka se despertó de muy mal hu-



mor. Y se puso a rezongar contra todo el mundo.

Ya está. ¡Ya empieza! Nos ha reprochado todas las maldades pasadas, se ha quejado de su triste suerte y se ha mostrado convencida de que durante su enfermedad los sirvientes se robaban todo.

No me he quedado mucho rato. Refugiado en mi pieza, le he hecho llevar limonada para calmarla.

No hay nadie en la galería, ni en el patio. ¡Hace tanto calor! No oigo ningún ruido. Hasta la cocina está silenciosa.

Las moscas duermen en el techo.

Me voy a tender en mi cama. ¿Qué otra cosa podría hacer?

A eso de las nueve de la noche, Verka ha entrado en mi pieza. Yo estaba aún acostada, soñando, los ojos en el infinito.

—¡Prepárese, Barichnia!, me dijo. La mesa está puesta. En media hora más se servirá. Si usted supiera qué agradable se está en la galería! Hay un menú escogido. Compré, cuando salí con Stepan, una gran botella de vodka, pensando en usted. Cuando se ha bebido mucho y al día siguiente se tiene dolor de cabeza, el único medio de

restablecerse es volver a beber. Una copa echaba fuera a la otra. Esta mañana a mí también me daba vueltas la cabeza. Stepan, al ir de provisiones conmigo, me aconsejó tomar vodka. "Yo conozco eso, hija mía, me dijo, vamos a beber una copita, y verás cómo te sientes mejor". Le hice caso. Antes de ir a las compras, fuimos a un kakak (1). Bebimos cada uno una copa, comimos cangrejos, y, es curioso, inmediatamente la cabeza se me volvió liviana y continuamos nuestro camino.

Fijese, barichnia, que hoy día todo estaba cambiado en el mercado; nadie se atreve a salir. No había un gato. Los vendedores se habían quedado en sus casas. Las patronas, que de costumbre iban a hacer las compras, habían mandado a sus empleadas solas al mercado. Era un día bueno para el recorte. Sobre todo, que las mujeres, por el temor de llevarse los canastos llenos, daban la mercadería a cualquier precio.

Pagué por un pollo, un bonito pollo... ¡adivínelo!... ¡treinta y cinco kopeks! Yo no le escondo nada, barichnia, la quiero demasiado; estaría mal si yo robara. Pero las otras viejas impertinentes, es pan bendito. Escudriñan las cuentas; cualquiera diría que se les va a robar. Comprendo a las sirvientes que aprovechan cuando tienen patrones tan avaros.

El cólera aumenta, y todo el mundo tiene miedo, nadie se atreve a salir.

La vieja Advotia nos ha insultado. Usted sabe que le había dado la receta de su abuela contra el cólera. Esta vieja tonta me había prometido guardar el secreto para ella. ¡Ouat! ¡Qué esperanza! Ha ido a contárselo a un montón de gente, que le ha hecho caso. Parece que todos la han seguido. Han estado enfermos, ¡enfermos! Advotia también pretende que el remedio le ha dado el cólera; y que como ella es robusta, lo ha podido soportar.

Stepan le contestó:

—¡Vamos! ¡vamos! Madame Advotia, ¿cómo se llamaba su padre?

—¡Nikiphore!

—¡Oh! es un nombre muy bonito. Entonces la respetable Advotia Nikiphorovna, se ve inmediatamente que usted no comprende nada de medicina. ¿Qué reproches le han hecho todos esos ingratos a los cuales usted ha salvado la vida, a pesar del juramento dado a la señorita Verka? Han vomitado todo lo que habían comido? ¡Justa-

mente! ¿Qué significa eso? En su ignorancia completa, usted no puede saberlo. Yo no soy sabio, pero creo poder explicárselo. ¡Se han vaciado de todos los venenos que tenían en el cuerpo! ¿Comprende?

Advotia, que había escuchado a Stepan con gran respeto, ha saltado. Estaba roja de cólera. Ha escupido a Stepan, gritando:

Modera un poco tus palabras... doctor! Has sido tú quien ha querido burlarse y envenenar a la pobre gente. Si llamara a las víctimas, te mostrarían dónde los camarones pasan el invierno.

Arrastré a Stepan, pues con esta vieja más vale no bromear.

Se acabó. Ya no volveré más donde ella! Hagasele un servicio a la gente, trátese de salvarles la vida!... He ahí cómo pagan.

Advotia me ha visto, yo se lo digo. Cuando le compre una col, hará mucho calor. ¿Acaso hemos estado enfermos nosotros? ¡Se lo pregunto! ¡Ha debido equivocarse, es seguro!

Verka no está acostumbrada a hablar tanto. Ciertamente, es conversadora; pero no hasta ese extremo. He llegado a sospechar que ya ha probado la gran botella de vodka. No se estaba quieta. Sus ojos brillaban. Reía fuerte y hablaba sin descanso. Me divertía, sin embargo, y la dejé hablar.

—Venga mañana con nosotros, continuó. Usted tiene necesidad de distraerse. No tiene buen semblante. Se le va a poner mala la sangre de tanto estar encerrada entre estas cuatro paredes. Verá cómo uno se divierte con Stepan. Nunca había encontrado a un hombre tan agradable. ¡Ah! Este es un hombre, puede decirse! Sabe bromear, pero también tiene razones y una voluntad! Cuando ha decidido algo en su cabeza, es necesario que se haga! Si usted supiera lo que me contó esta mañana. Pero no, no puedo decírselo, a usted sobre todo.

—Lo sé, le contesté.

—¿Qué sabe?

—Ha obtenido de Groucha la promesa de que destruirá a su hijo. Este hombre es un monstruo y no comprendo cómo puede gustarte.

—Todos en su lugar detestarían a ese niño que no es de él y querrían eliminarlo. Solamente no lllore con anticipación, barichnia! Todavía no hay nada hecho. No es tan fácil, como puede creerse. Groucha me ha dicho, hace un instante, que se le había prometido y que hoy lo había intentado, sin éxito. A ella le gustaría contentar a Stepan, pero no creo que lo consiga. La

(1) Cabaret.

he visto saltar desde arriba de la escalera, pero inmediatamente ha corrido hacia la cocina, sosteniéndose el vientre, con miedo de haber hecho daño a su hijito.

¿Ve usted, barichnia? Sé lo que Groucha piensa. Puede querer mucho a Stepan, pero ese niño que siente vivir y moverse, tiene un lugar en su corazón.

Me ha pedido que acompañe a Stepan y que lo distraiga. Divirtiéndome con él sólo cumplo con mi deber. Le hago un servicio a Groucha y espero quitarle las ideas negras a Stepan. De otra manera, usted comprenderá, no me dejaría besar por él.

—¿Te ha besado?... ¿Cuándo?

—¡Denantes! Delante de Groucha. No se ha escondido, y hasta me ha dicho:

—“¿No estás enojada, mi gorda? No hay que enojarse. Soy viejo, podría ser tu padre”.

¡Tiene astucia!... ¿Mi padre? ¡Sólo tiene ocho años más que yo!

—¿Y tu amante? ¿Lo olvidas?, le he preguntado. Ayer no has ido a juntarte con él. ¿Irás hoy?

Verka se detuvo, pensativa, se rascó la punta de la nariz, y dijo lentamente:

—¡No sé! ¡Quizás no!

—Quizás no.

—¿Ya no lo quieres?

—¿Quieres quizá a otro... a Stepan?

—¡Peuh! ¿Cómo puede pensar eso?

¿Acaso está libre? ¿Acaso no quiere a Groucha? Somos camaradas, nada más. Lo distraigo de su pena. ¡Es todo! Vamos a comer, mi querida barichnia Vassinka, y no se preocupe. Todo terminará bien. Usted verá.

La seguí a la galería donde, ante la mesa puesta, Stepan y Groucha nos esperaban en compañía de una gran botella de vodka.

Comimos con gran apetito. Nuestra cocinera se había sobrepasado y todo estaba excelente. La botella de vodka se vació, y sin saber cómo, fué reemplazada por otra igual, pero llena.

Como anoche, todo el mundo estuvo muy alegre. Cantamos, bailamos, contamos historias divertidas, y luego perdí el hilo de mis ideas.

No sé bien cómo vino la pelea, pero nuestra armonía desapareció. Hay ahí como un vacío en mi memoria. Recuerdo que Stepan quiso pegar a su mujer y que Verka se puso entre los dos, y dijo, mostrándome:

—¡Ten respeto a la señorita!

Yo no podía ni moverme ni hablar. Estaba clavada a mi silla, apoyada sobre la

mesa, mirándolos sin ver. Me pareció que un poco más tarde, Groucha se fué y que Stepan y Verka se miraron a los ojos mucho rato, mucho rato. Pensé que parecían dos serpientes, erguidos el uno ante la otra, y que se fascinaban mutuamente.

Después me quedé dormida.

Cuando desperté, estaba sola, recostada sobre el mantel mojado, al lado de los platos llenos de cáscaras. Tenía frío. La lámpara alumbraba todavía. Alrededor mío, todo estaba gris e indistinto. El alba aparecía.

Quise irme a la cama. Me levanté con mucho dificultad, y llena de sueño, me arrastré hasta mi pieza.

En un rincón oscuro de la galería me pareció distinguir a Groucha tumbada en un banco, la cabeza entre las manos. La llamé en voz baja. No me contestó. Temblaba en silencio y mantenía escondida obstinadamente la cara.

Le toqué el hombro. Entonces levantó hacia mí una cara amenazante, toda húmeda de lágrimas, y me empujó, diciéndome con una voz quebrantada:

—¡Vaya! ¡Vaya! ¡Su sitio no está aquí! ¡Váyase a dormir!

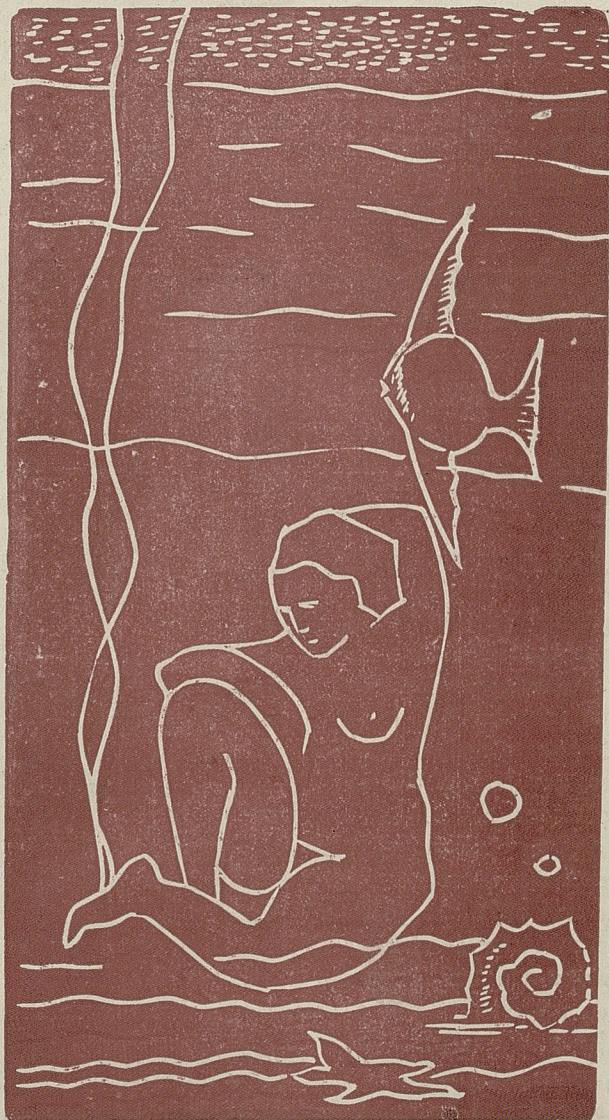
El doctor Goloubief iba a visitar a babouchka dos veces por semana, el miércoles y el sábado.

Era el médico de mamá desde hacía tiempo, desde la casa triste. Venía casi todos los días, sin olvidarse jamás de traerme un pedazo de chocolate suizo. Siempre estaba muy contenta de verlo. Ciertamente, en gran parte por el chocolate. Era pequeño. Pero, sobre todo, él sabía contar historias maravillosas. De costumbre llegaba hacia el anochecer y se reunía con mamá en su boudoir, donde ella permanecía recostada sobre un diván protegido por un biombo. Cuando le oía llegar, escondía mis juguetes y se precipitaba en sus brazos. Me acariciaba, me levantaba hasta su cara y me ordenaba sacar la lengua.

(Continuará)



Lecturas



BIBLIOTECA NACIONAL
CHILE
- SECCION: -
DIARIOS, PERIODICOS Y
REVISTAS CHILENAS

N:24

\$2.

Una Novela Tengo 14 años.

POR A. ROUBE JANSKY

Traductor: Luis Enrique Délano

CONTINUACION (1)

No se imaginaba, el buen doctor, que para gustarle, pasaba muy a menudo largos instantes ante el espejo estudiando la manera de sacar la lengua larga y puntiaguda. Después de haber examinado mi garganta y mis ojos, me dejaba en el suelo e iba a sentarse en un sillón al lado de mamá y me tomaba en sus rodillas.

No lo vi muchas veces recetar remedios. Sentía horror por las drogas. Nos cuidaba con sus palabras. Apenas llegaba, todas nuestras enfermedades desaparecían. Muy a menudo he pensado en este extraño poder. Verka pretende que tiene fluído.

A mis ojos sólo tenía un defecto, el de andar siempre mal vestido. No puede decirse que fuera sucio; su ropa siempre estaba blanca, pero su chaleco llevaba las huellas de todas las salsas que habían pasado bajo su nariz. Su corbata no estaba derecha, y a menudo su chaleco aparecía abrochado con desorden. Despreciaba altamente la elegancia y afectaba llevar enormes zapatos que debían ser inusables. No era la escobilla la que adelgazaría mucho el cuero.

(1) Esta novela empezó a publicarse en el número 19.

Fuera de eso, tenía gran cuidado de sus manos, que eran suaves y blancas como las de un alto dignatario de la Iglesia. Su pasión era la pipa. ¡Ah! Creo que hasta habría sacrificado al czar por su pipa!

A pesar de los dulces reproches de mamá, fumaba al lado de ella, abusando del permiso que ella le había dado una vez, sin pensar en las consecuencias que tendría esta autorización. Su pipa sólo dejaba su boca para permanecer en el hueco de su mano, donde la protegía y la acariciaba mientras la llenaba de un grueso tabaco negro que amontonaba largamente.

Yo me divertía mucho mirándolo, y estoy segura que sabría muy bien llenar una pipa según las reglas.

La encendía aspirando con pequeñas intermitencias y paseando en círculo la llama. El tabaco se levantaba bajo la acción del fuego. Lo aplastaba ocupando su caja de fósforos.

Cuando se habían formado las cenizas, aplastaba su tabaco con un gesto maquinal de su pulgar derecho, sin cesar de hablar.

Yo lo veía permanecer un rato molesto por su dedo gris de cenizas y, entregado a la conversación, se limpiaba el pulgar en su abundante cabellera a la cual numerosas



canas daban una tonalidad de gris plateado.

Por distracción se pescaba a menudo una mejilla y dejaba en ella una marca negra.

Cuando yo podía pescarlo en alguna falta, advertía a mamá, para que lo reprimiera en broma.

El buen doctor cambiaba entonces de sitio e, hipócritamente, frotaba su pulgar en uno de sus bolsillos, o en sus pantalones, o en el mantel. Pensaba que nadie lo vería, pero mamá lo vigilaba y lo amonestaba. Parecía muy desgraciado, pero inmediatamente volvía a empezar. Nunca nadie consiguió curarle de esta inocente manía.

Pero hablaba tan bien que yo le perdónaba todo, aun los pequeños hoyitos con los bordes ennegrecidos que dejaban los pedacitos de tabaco encendidos cuando caían de su pipa.

Acurrucada en sus rodillas, apoyada la cabeza en su pecho, me complacía en la caricia lenta de su mano que paseaba en mis cabellos.

Hasta ahora no se ha dado cuenta que he crecido, siempre me toma por una niña.

Hoy ha venido a visitar a babouchka, es su día. Me ha dado, como de costumbre, un pedazo de chocolate, me ha hecho sacar la lengua y me ha encontrado muy mal semblante.

¡Pardiez! ¡Después de la noche que he pasado! ¡Si él supiera! Me siento con la cabeza pesada, la boca seca y me duelen los riñones.

Si sigo los consejos de Verka, me pregunto dónde me llevará eso. Beber otra vez para disipar el primer malestar, y otra vez para hacer pasar el segundo. No terminaré nunca.

Nuestro buen doctor ha dicho a babouchka que la situación en Rostoff se volvía muy grave. Ayer no más, según parece, se han señalado más de doscientos muertos por el cólera en el mismo día.

Nunca una epidemia ha comenzado en

forma tan fulminante ni tomado tanto vuelo en nuestra ciudad.

El doctor nos ha escrito una pauta indicando lo que hay que comer y lo que no se debe comer.

Nos ha recomendado expresamente, que lo mandemos a buscar con urgencia, a cualquiera hora, aun en la noche, si uno de nosotros llegaba a sentir algún mal-estar.

¿Quién le dirá que nos cuidamos con botellas de vodka?

Babouchka no ha dicho una palabra de su famoso remedio, segura que el doctor se burlaría de ella y la retaría quizás.

Ella no cree en la medicina oficial y soporta a nuestro doctor porque es mamá quien le ha escrito que la visite aunque no quiera, porque no receta ningún remedio para tragar.

Cuando él está ahí, yo me siento más tranquila y trato de retenerlo. Le ofrezco algo de beber. Le he pedido libros y le he leído la última carta de mamá. Siento deseos de acurrucarme en sus brazos y confesarle todas mis preocupaciones, toda esta vida que me pesa, pero me siento demasiado niña grande ahora. No sospecha nada.

Sin embargo ha visto a Stepan, le ha hablado y lo ha encontrado muy simpático. Ha visto a Groucha. A veces, antes de irse, habla con ella. Debe conocer su situación, pero seguramente no sabe lo que Stepan exige.

Lo retengo y lucho conmigo misma. Si quiero impedir un crimen, debo traicionarla. ¿Me perdonará Dios por descubrir un secreto que no me pertenece?

Sin embargo, hay una vida que salvar, y ¿quién puede ayudarme, sino mi buen doctor?

No consigo decidirme, pero, como fui sola a acompañarle, me detuve junto a la puerta y, toda temblorosa, dejé escapar lo que sabía. Se ha estremecido y se ha indignado:

—¿Cómo sabes eso?

—Estamos aquí demasiado cerca los unos de los otros, no se contienen y lo he oído.

—¿Estás bien segura de lo que me dices?

—Sí.

—Entonces, espera un poco. Les voy a lavar la cabeza yo.

—Le suplico que no les diga que he sido yo quien lo ha prevenido.

—Tranquilízate y déjame hacer.

Ha vuelto sobre sus pasos y ha llamado a Groucha y a Stepan. Pero éste estaba ausente. Había ido a pasearse con Verka. El doctor se ha encerrado en la cocina con Groucha y luego lo he oído montar en cólera. Me he refugiado al lado de babouchka.

No sé si he hecho mal o bien, en todo caso no he dicho otra cosa que lo necesario para salvar a mi niño.

De mis noches, del vodka que bebemos, nadie sabe nada, y, si he traicionado a alguien, no es por egoísmo.

!

¿Me toman por un bebé de dos años? Ya no se contienen delante de mí. Hablan y se pelean en mi presencia, como si yo no existiera. Ya no son los mismos sirvientes que con mamá.

Cierto, nos preparan la comida a babouchka y a mí, la limpieza está más o menos bien hecha, Verka es siempre mi amada, y Groucha es gentil conmigo, pero ¿cómo han cambiado!

Stepan está enteramente en su casa. Ya no tiene ningún miramiento, manda como un amo.

Se pasea casi desnudo, con el pretexto que hace demasiado calor. Sólo se viste para salir solo o con Verka. Cuando llega tira su ropa en cualquiera parte y permanece en camisa, sin abotonarse, con los pantalones arremangados y los pies desnudos. Huele mal, y evito ir a la veranda para no encontrarme con él.

Cambio Bruselas

Compra y vende:

ORO — JOYAS — PLATA

Monedas extranjeras

Cuadros

Antigüedades

Brillantes

Para comprar y vender, visite el

CAMBIO BRUSELAS

Cochrane 585.—Teléfono 2548.—Valparaíso (Chile)

Por todas partes se encuentran restos de cigarrillos y los trapos hediondos con los cuales se envuelve los pies antes de ponerse las botas. Le pega a la pobre Tamara cuando la encuentra. No quiero a esa perra, pero está muy flaca en este momento, y el marido de nuestra cocinera no tiene derecho para pegarle a ese animal.

Canta con todas sus fuerzas sus canciones de soldado, siempre las mismas, que ya no me divierten.

Pasa su tiempo injuriando a su mujer con las palabras más sucias que puede encontrar.

Cuando llega a la casa su primera pregunta es siempre la misma:

—¿Y entonces? ¿Aún no lo has hecho? Ah! la, la! ya se ve que es un bastardo de fraile, se agarra, no quiere reventar.

Groucha baja la cabeza y contesta:

—Ten un poco de paciencia, que ya no me queda para mucho tiempo, en el estado en que estoy!

—¡Paciencia! ¡Paciencia! ¿Quieres que tenga paciencia hasta que lo hayas parido? ¡Te burlas de mí!

—Vamos, no grites así, solcito mío. Cálmate. Cuando venga al mundo, lo que será muy pronto, arreglaremos esta cuestión muy bien. El doctor me ha prevenido, es demasiado tarde ahora. Podría morir si tratara de hacerlo pasar. ¡Hein! ¿Has comprendido?

—Comprendo que esperas siempre enojarme, pero no te lo esperes. Si viene al mundo, y si vive, seré yo quien le retuerza el cuello. No lo quiero, ¿me oyes? ¡A ningún precio!

—Sí. Sí. Yo me las arreglaré. Tú ni siquiera lo verás.

¿Habla sinceramente? ¿Querrá matarlo o trata simplemente de adormecer los celos y la furia de su marido?

He pensado en prevenir a babouchka. ¿Pero para qué? Mi abuela está vieja y enferma, clavada en su cama. Esta historia la pondría nerviosa, la atormentaría, y ¿quién sabe? a su edad quizás la mataría. ¡No! Ella no puede serme de ninguna utilidad.

Sola estoy, sola debo quedarme. Es necesario que me resigne a soportar los acontecimientos y a desviar sin ayuda las dificultades que preveo.

En la vida de cada cual, sucede a veces una desgracia, pero, después, hay siempre una gran felicidad.

Muy a menudo he oído a nuestro buen

doctor decir a mamotchka (1) cuando ella estaba triste:

—Después de la lluvia viene el buen tiempo.

Y era cierto. Así mamá, que ha sufrido mucho con mi primer padre, es feliz ahora. ¡Tan feliz que nos olvida.

Quizás está un poco inquieta al pensar en mí, en el cólera, en babouchka y en Groucha, pero no mucho. La conozco, es una niña. ¡Está tan segura, desde que ama al otro, de que todo debe arreglarse por el lado mejor, a fin de poder vivir sin preocupaciones!

Seguramente no se da cuenta de nuestra situación aquí. Debe creer que yo exagero para que vuelva más luego. ¿Acaso no me ha escrito en una de sus últimas cartas, que la epidemia del cólera no debía ser tan grave como yo lo decía, porque no se hablaba de ello en los diarios franceses? "Cientos de muertos, añadía, eso se sabría, hablarían de ello. El menor acontecimiento es relatado con todos detalles."

Me siento desgraciada, porque esos tres campesinos que viven a mi lado están borrachos de la mañana a la noche, de la noche a la mañana, y se pelean. Sufrí porque, estando enferma babouchka estamos enclaustradas en esta casa asfixiante, y tengo miedo porque este horrible cólera reina como un amo. Pero, ¡bah! Sé muy bien que esto no durará eternamente. ¡Nitchevo!

Si siquiera tuviera algunos libros interesantes o mi amiguita Raia! Con ella jugaría, conversaría, haría proyectos, y los días pasarían. ¿Cómo no he pensado en ella?

Debía partir de vacaciones al Grupo Mineral, pero a causa del cólera quizás se haya quedado. Saldré mañana con Verka, cuando vaya al mercado, y aprovecharé para ir a ver si Raia está en casa de sus padres.

Con el corazón más liviano, voy a la biblioteca a registrar por centésima vez, a ver si descubro un libro que no conozca. ¡Pero qué esperanza! He leído y releído todos los que contiene.

Nadie jamás ha guiado ni vigilado mis lecturas. Mamá tenía muchas otras preocupaciones y mi segundo padre ni siquiera se fija en mí.

A los once años, había devorado a Dickens y a Walter Scott enteros. Más tarde gasté todas mis lágrimas con Dostoiewsky.

La primera vez que leí uno de sus libros,

(1) Mamacita.

"Pobre gente", fué el día en que, queriendo bajar las escaleras ¡deslizándome por la baranda, me caí y me quebré el brazo.

Después de la visita del médico, mamá me había llevado a su cama y se había quedado dormida. Sobre su velador encontré esa obra. Llorando por la suerte de los personajes de la novela, había olvidado mi propio dolor. Fué una revelación, y nada me interesó hasta entonces como devorar todas las obras de mi querido escritor, desde entonces mi preferido.

Tolstoi no me ha desagradado. "Anna Karenine" y "La sonata a Kreutzer" me han emocionado, pero también me han aburrido un poco. "La Guerra y la Paz" es quizás muy bello, pero sólo he leído los capítulos concernientes a la paz.

En los autores franceses traducidos al ruso hay también historias divertidas. Me gusta bastante Guy de Maupassant y Paul de Kock. Nunca olvidaré esa historia de una mujer del campo que viajaba en tren junto a un soldado. Iba a una ciudad para emplearse como ama. El estaba muy pobre y se moría de hambre. La mujer sonría por sus pechos hinchados y dió de su leche al soldado. ¿Fué en un vaso o bien le ofreció el seno? Ya no me acuerdo. Sólo sé que los dos se encontraron aliados. ¿De quién es este relato? De Paul de Kock, creo, a menos que sea de Maupassant. ¡Pero qué historia tan original!

En el gimnasio estamos saturadas de clásicos, pero no es lo que nos interesa.

A decir verdad, mis preferencias son para las admirables novelas de Mme Tcharky. ¡Ah! En ellas todo es comprensible y todo está cerca de mi corazón.

Podría recitarlas desde la primera hasta la última página!

He descubierto de repente, en el suelo, bajo la última tabla, en el polvo, un grueso volumen que nunca había visto. Está lleno de curiosas imágenes, de láminas de anatomía. Es la "Educación sexual expuesta a los adultos cultivados", de Faurel.

He ahí a una mujer desnuda y a un hombre desnudo. Más lejos, me detengo ante una ilustración en colores que representa a un niño acurrucado, con la cabeza para abajo, en una especie de gran huevo.

Llevo el hallazgo a mi pieza y lo recuerdo hasta la hora de comida.

Sé ahora cómo nacen los niños. Ya no ignoro ningún detalle, desde la fecundación hasta el parto. ¡Brrr! No pensaba que nosotras, pobres mujeres, podríamos hacer un papel igual!

Nunca hubiera adivinado eso. El año pasado, una campesina se quejó a la mujer del jardinero de nuestra datcha, de que nunca había tenido niños. María le contestó delante de mí que no tenía más que hacer una peregrinación a pie hasta el convento de Saint-Basile, a Novi-Aphon, y ahí, después de las plegarias ante el ícono milagroso, tendría seguramente satisfacción.

Ese año, llegando a nuestra datcha, María me dijo que la campesina, después de seguir su consejo, era madre de un hermoso niño, y yo estaba convencida entonces de que Dios ponía los niños en el vientre de las mujeres por una especie de espíritu luminoso, como había hecho para dar inteligencia a los apóstoles, el día de Pentecostés.

Gracias a Faurel, sé que Dios no se mete en estas cosas. Esto ocurre en una forma mucho menos hermosa. ¡Qué misterios mas increíbles hay en la vida!

He descubierto también páginas terribles para mí. ¿Por qué nadie me ha advertido? Yo no sabía que yo misma podía hacerme tanto daño!

¡Ah, no! Eso ha terminado! No quiero volverme idiota, tuberculosa o loca!

(Continuará)

Desaparición instantánea de los barrillos

Un sencillísimo procedimiento, inofensivo y sumamente agradable, es el que se sigue en la actualidad con el fin de eliminar del rostro los puntos negros y los anchos poros grasos que lo afean. Basta echar en un vaso de agua caliente una tableta de stymol, que se halla en venta en todas las farmacias, y lavarse la cara con el líquido así obtenido, una vez que haya cesado la efervescencia producida por la disolución del stymol. Los puntos negros salen como por encanto de su nido y se confunden en la toalla; los poros se contraen y la grasa desaparece, haciendo que el cutis quede liso, suave y fresco, libre de toda mancha. Pero, para que estos resultados, obtenidos de modo tan rápido, adquieran carácter definitivo, es menester repetir este tratamiento varias veces, con intervalos de cuatro o cinco días.